



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

TRABAJO DE FIN DE GRADO

**LA ESTRUCTURA GEOPOLÍTICA EN ORIENTE MEDIO:
¿HASTA QUÉ PUNTO LAS DECISIONES COLONIALES EUROPEAS
ENTRE 1914 Y 1923 EXPLICAN LA CONFIGURACIÓN GEOPOLÍTICA DEL
ORIENTE MEDIO MODERNO?**

Marta López Rivera

5º E-5

Historia de las Relaciones Internacionales

Tutor: Emilio Sáenz-Francés

Madrid

Junio de 2026

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN	6
a) Contextualización histórica y relevancia del tema.....	6
b) Justificación y delimitación espacio-temporal (1914–1923)	6
c) Objetivos e hipótesis	8
d) Marco teórico	8
e) Metodología y estructura	10
Capítulo I: El escenario previo y el estallido de la Gran Guerra	14
1.1 La “cuestión de Oriente”: el Imperio otomano y su descomposición	14
1.2 Intereses estratégicos: el canal de Suez (Reino Unido) y la Gran Siria (Francia).....	17
1.3 La entrada de los jóvenes turcos en la guerra y el fin del status quo.....	18
Capítulo II: Las promesas que nadie pensaba cumplir (1915-1917)	21
2.1 La revuelta árabe y la correspondencia Hussein-McMahon: la ilusión de un reino árabe unificado.....	21
2.2 El Acuerdo Sykes-Picot y el reparto de zonas de control e influencia	22
2.3 La Declaración Balfour y el compromiso con el sionismo.....	24
Capítulo III: Cómo quedó el mapa: de las negociaciones a las fronteras (1918–1920)	26
3.1 La Conferencia de París: los ideales de Wilson frente a los intereses coloniales	26
3.2 El sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones: legitimación jurídica del control europeo	27
3.3 San Remo y Sèvres: el nacimiento de Iraq, Palestina, Transjordania, y el mandato francés de Siria.....	28
Capítulo IV: Análisis crítico: la herencia colonial en la geopolítica actual	31
4.1. El diseño de “Estados artificiales”: el problema de las fronteras lineales frente a las realidades sectarias.....	31
4.2. La competencia entre Reino Unido y Francia como fuente de inestabilidad.....	35
4.3. ¿Explicación total o parcial? Otros factores: Segunda Guerra Mundial, Guerra Fría, petróleo y movimientos islamistas.....	37

CONCLUSIONES	42
BIBLIOGRAFÍA	46
Fuentes primarias	46
Fuentes secundarias.....	46
Libros y capítulos de libros	46
Artículos de revista	48
Tesis doctorales.....	48
Páginas web y bases de datos.....	49
ANEXOS:	50
ANEXO I: DECLARACIÓN DE USO DE HERRAMIENTAS DE IA GENERATIVA	50
ANEXO II: ENTREVISTAS	52
ANEXO III: ENTREVISTA A RAFAEL FRAGUAS.....	53
ANEXO IV: ENTREVISTA A JAVIER GIL GUERRERO.....	57

RESUMEN

El presente trabajo examina en qué medida las decisiones coloniales europeas adoptadas entre 1914 y 1923 explican la configuración del Oriente Medio contemporáneo. A través de un análisis historiográfico comparativo basado en fuentes primarias y bibliografía especializada, complementado con entrevistas a académicos expertos en la región, la investigación reconstruye el proceso de desintegración del Imperio otomano y la intervención de las potencias europeas, fundamentalmente Reino Unido y Francia, en el reparto de sus territorios. Se estudian los principales acuerdos y declaraciones del período: la correspondencia Hussein-McMahon (1915-1916), el Acuerdo Sykes-Picot (1916), la Declaración Balfour (1917) y los tratados de Sèvres (1920) y Lausana (1923), así como el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones. Este estudio combina dos marcos teóricos: el neorrealismo, para explicar el comportamiento estratégico de las potencias, y el constructivismo, para analizar los procesos de construcción identitaria y los discursos de legitimación colonial. Las conclusiones confirman parcialmente la hipótesis de partida: las intervenciones europeas constituyen un factor explicativo central de la inestabilidad regional, pero no el único, y su influencia debe leerse junto a dinámicas internas, religiosas y socioeconómicas de larga duración.

Palabras clave: Oriente Medio, Primera Guerra Mundial, Imperio otomano, colonialismo europeo, sistema de mandatos, fronteras coloniales, nacionalismo árabe.

ABSTRACT

This study examines the extent to which European geopolitical decisions made between 1914 and 1923 explain the contemporary geopolitical configuration of the Middle East. Through a comparative historiographical analysis based on primary sources and specialized literature, complemented by interviews with academic experts on the region, the research reconstructs the disintegration of the Ottoman Empire and the intervention of European powers, mainly the United Kingdom and France, in the partition of its territories. It analyzes the main agreements and declarations of the period: the Hussein-McMahon Correspondence (1915–1916), the Sykes-Picot Agreement (1916), the Balfour Declaration (1917), the treaties of Sèvres (1920) and Lausanne (1923), as well as the League of Nations mandate system. The paper combines two theoretical frameworks: neorealism, to explain the strategic behavior of the powers, and constructivism, to analyze identity-building processes and colonial legitimization discourses. The conclusions

partially confirm the initial hypothesis: European interventions constitute a central explanatory factor for regional instability, but not the only one, and their influence must be read alongside long-term internal, religious, and socio-economic dynamics.

Keywords: Middle East, World War I, Ottoman Empire, European colonialism, mandate system, colonial borders, Arab nationalism.

INTRODUCCIÓN

a) Contextualización histórica y relevancia del tema

La desintegración del Imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial transformó la estructura política y territorial de Oriente Medio de forma definitiva. Entre 1914 y 1923, las potencias europeas, principalmente Reino Unido y Francia, diseñaron un nuevo orden en la región mediante acuerdos secretos como Sykes-Picot (1916) y la Declaración Balfour (1917), que fueron legitimados posteriormente por el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones (1919). Este proceso, que pretendía instaurar una tutela política bajo un discurso de progreso y modernización, respondía, en realidad, a intereses estratégicos y económicos, lo que sentó las bases de una inestabilidad que perdura hasta hoy.

b) Justificación y delimitación espacio-temporal (1914–1923)

En lo que respecta a su delimitación temporal, este trabajo se centrará en el periodo de la Gran Guerra (28 de julio de 1914- 11 de noviembre de 1918) y sus Tratados derivados (1919-1923), analizando hasta qué punto las decisiones europeas adoptadas durante la Primera Guerra Mundial y los años inmediatamente posteriores configuraron el marco político y diplomático de los conflictos contemporáneos en Oriente Medio, ejemplo de los cuales son las disputas territoriales en Palestina e Iraq o la fragmentación estatal en Siria y Líbano. Unos conflictos que cuestionan la vigencia de las fronteras actuales y ponen de relieve la crisis de legitimidad estatal en estos territorios

Aunque el presente trabajo se centra en el periodo comprendido entre 1914 y 1923, es necesario reconocer que la evolución geopolítica de Oriente Medio no puede explicarse de forma exclusiva a partir de los acontecimientos derivados de la Primera Guerra Mundial. Procesos posteriores, como la Segunda Guerra Mundial, especialmente en relación con la creación del Estado de Israel, o la Guerra Fría, también tuvieron un impacto decisivo en la configuración política de la región. No obstante, este estudio se limitará a examinar los hechos inmediatamente anteriores, concurrentes y posteriores a la Primera Guerra Mundial, entendiendo este periodo como el momento fundacional del orden político moderno en Oriente Medio.

En lo que respecta a la delimitación espacial, el trabajo se centra en la región de Oriente Medio, entendiendo esta como el marco geográfico que abarca los países situados

en el Levante Mediterráneo o *Mashreq* (en árabe, “lugar por donde sale el sol” – en oposición al Poniente o *Magreb*, en árabe “lugar por donde se pone el sol”), la península arábiga y la península de Anatolia, incluyendo a los siguientes países: Siria, Líbano, Israel, territorios palestinos¹, Jordania, Arabia Saudí, Sudán, Yemen, Iraq, Qatar, Bahreín, Omán, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Turquía.

No obstante, cabe hacer alusión a que el término “Oriente Medio” no está exento de dificultad analítica por cuanto se trata de un concepto amplio que se solapa con otros como Oriente Próximo o Gran Oriente Medio y que se refiere a una zona geográfica sin delimitación clara en donde la inclusión de países aledaños como Egipto, Pakistán, Afganistán, Armenia o Chipre no está fuera del debate académico.

Por otro lado, se trata de un término que tiene sus orígenes en la etapa del colonialismo europeo a finales del siglo XIX y que, siendo acuñado por el historiador estadounidense Alfred Thayer Mahan, entraña una visión eurocéntrica de la región referida a su posición en el mundo con respecto a Europa, lo cual es ampliamente criticado a partir de corrientes como el relativismo cultural en el que se apoyan autores como Franz Boas o Ruth Benedict o el posestructuralismo que defiende Edward W. Said (1978). “Oriente Medio” aglutina así a territorios de diferentes culturas (árabes y no árabes), religiones (suníes, chiíes, judíos, cristianos, etc.), etnias (drusos, kurdos, persas, etc.) y, en definitiva, con evoluciones históricas dispares que se corresponden más con un imaginario eurocéntrico que con una realidad geográfica (Khalidi, 2012).

Teniendo en cuenta estas consideraciones, no obstante, el trabajo se centrará en una delimitación no exhaustiva de la región a fin de concentrar el análisis que se pretende abordar. Por ello, el estudio se limitará al conjunto de territorios que surgieron tras la desintegración del Imperio otomano y que se convirtieron en mandatos francobritánicos tras la Primera Guerra Mundial, prestando especial atención a Siria, Líbano, territorios palestinos, Jordania e Iraq.

Por todo lo anteriormente descrito, el trabajo tendrá por objeto comprender la razón por la que se establecieron estas fronteras, que podemos denominar artificiales, qué

¹ A pesar de su reconocimiento como Estado por el Reino de España el 28 de mayo de 2024, junto con otros 155 de los 193 Estados que conforman la Organización de las Naciones Unidas (en adelante, ONU), los territorios palestinos no han sido reconocidos como Estado formalmente por la ONU debido al veto de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, lo que es condición necesaria para lograr ser miembro de pleno derecho (artículo 4 de la Carta de San Francisco). Por ello, el trabajo se referirá a los “territorios palestinos” y no al “Estado palestino o Palestina”.

intereses se manejaron a la hora de definirlos y qué consecuencias han tenido en el desarrollo geopolítico de la región, con sus repercusiones a nivel mundial.

c) **Objetivos e hipótesis**

El objetivo principal del presente trabajo será valorar el impacto de las decisiones coloniales europeas en Oriente Medio, entre 1914 y 1923, en su situación geopolítica actual. De este modo, la pregunta de investigación de la que se parte es la siguiente: *¿Hasta qué punto las decisiones coloniales europeas entre 1914 y 1923 explican la configuración geopolítica del Oriente Medio moderno?*

Asimismo, son objetivos específicos alineados con el general los siguientes: determinar cuáles fueron los efectos concretos que la diplomacia secreta (1915-1917) y los Tratados que surgieron de la Conferencia de Paz de París (1919-1920) tuvieron en el diseño del mapa de Oriente Medio, hasta qué punto la partición del Imperio otomano en Estados que ignoraban las realidades sectarias de la región contribuyó a generar conflictos enquistados que perduran hasta nuestros días, si la creación de Estados-nación fue la mejor forma de organización política tras la desintegración del Imperio otomano y, finalmente, valorar el peso de la herencia colonial como factor determinante o meramente causal en la configuración moderna de Oriente Medio.

d) **Marco teórico**

Debido a que este trabajo trata sobre la influencia del colonialismo europeo en Oriente Medio durante la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, la **teoría neorrealista** constituye el principal marco de análisis para comprender el comportamiento de los países implicados en la evolución de estos territorios.

Sistematizada por Kenneth Waltz en *Theory of International Politics* (1979), el neorrealismo parte de dos axiomas: el criterio rector de las relaciones exteriores de un Estado son sus propios intereses, y el servicio de tales intereses solo es posible dentro de las normas que rigen la estructura del sistema internacional. Dicho sistema, de naturaleza anárquica, obliga a los Estados a competir por el poder como garantía de supervivencia. John Mearsheimer (2001) lleva este argumento más lejos al sostener que las grandes potencias no se conforman con mantener su posición, sino que buscan activamente maximizar su poder relativo frente a los demás. Esta lógica explica con precisión la conducta de Reino Unido y Francia en Oriente Medio. Los acuerdos secretos, las zonas

de influencia y los mandatos no respondieron a una vocación civilizadora sino a una competencia por recursos estratégicos, rutas comerciales y equilibrio de poder regional en un entorno donde la debilidad de uno implicaba directamente la supremacía del otro.

No obstante, el neorrealismo presenta limitaciones a la hora de explicar fenómenos que van más allá del comportamiento estratégico de los Estados. No da cuenta de por qué el sistema de mandatos necesitó construir un discurso de legitimación, ni de por qué los Estados surgidos de la desintegración otomana arrastraron durante décadas una profunda crisis de identidad nacional. Para ello, el presente trabajo recurre también al **constructivismo** como marco complementario.

Formulado por Nicholas Onuf (1989) y desarrollado por Alexander Wendt en *Anarchy is what states make of it* (1992), el constructivismo sostiene que las estructuras del sistema internacional no son exclusivamente materiales sino también sociales. Los significados que los actores atribuyen a sus relaciones condicionan su comportamiento tanto como la distribución de capacidades. Las identidades no son un dato previo sino algo que se construye históricamente. Esta perspectiva resulta especialmente pertinente para analizar los Estados surgidos de la partición otomana. El concepto de “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson (1983) permite comprender por qué entidades como Siria, Iraq o el Líbano, inexistentes como comunidades políticas cohesionadas antes de los mandatos, arrastraron identidades nacionales débiles, edificadas desde arriba y en contradicción con las lealtades sectarias y tribales preexistentes. Asimismo, el constructivismo ilumina la dimensión discursiva del imperialismo: el discurso de “misión civilizadora”, analizado por Edward W. Said en *Orientalismo* (1978), fue un elemento constitutivo del orden colonial que contribuyó a legitimar internacionalmente el sistema de mandatos.

La combinación de ambas teorías permite abordar el objeto de estudio desde una doble perspectiva. El neorrealismo explica los cálculos estratégicos de las potencias europeas y el constructivismo los procesos identitarios y discursivos que los legitimaron. Ambas constituyen el punto de partida del análisis. La forma en que se aborda el objeto de estudio responde también a una tradición metodológica propia de la Historia como disciplina, que se explica en el apartado siguiente.

e) Metodología y estructura

Siguiendo una metodología analítica, este trabajo tiene como objetivo examinar la situación actual de Oriente Medio a partir del estudio de los principales factores que la han configurado y las relaciones de causalidad existentes entre ellos. Para ello, se llevará a cabo un análisis historiográfico comparativo a partir de una revisión crítica de la bibliografía clásica y reciente, artículos periodísticos y conferencias. El trabajo incluirá entrevistas a académicos especialistas en historia y política de Oriente Medio con el objetivo de contrastar perspectivas y mejorar la interpretación del legado colonial europeo en la región.

Uno de los grandes debates metodológicos del siglo XX en la Historia y en las Relaciones Internacionales ha sido, precisamente, la determinación de cuál es el verdadero objeto de estudio de la disciplina histórica y, en función de ello, qué aspectos de la experiencia humana deben ser abordados con mayor atención por los historiadores.

El siglo XIX fue el gran siglo de lo que posteriormente se denominaría *histoire événementielle*, la historia de los acontecimientos. Fue también la gran época de la historia diplomática. Historiadores como Leopold von Ranke, Albert Sorel, Pierre Renouvin o Jean-Baptiste Duroselle son autores señeros de esta tradición historiográfica, centrada en el estudio de los hechos concretos y de los acontecimientos singulares para, a partir de ellos, construir interpretaciones más amplias de los procesos históricos. En este enfoque, los protagonistas individuales y la acción humana ocupan un lugar central.

Fue en el período de entreguerras cuando surgió en Francia la llamada **Escuela de los Annales**, con historiadores como Lucien Febvre y Marc Bloch, a los que posteriormente se sumaría Fernand Braudel. Frente a la atención prioritaria concedida a los acontecimientos, los Annales propusieron una aproximación centrada en la larga duración. Los hitos concretos, las batallas, los tratados diplomáticos o las decisiones individuales pasaban a ocupar un plano secundario. Lo verdaderamente relevante eran las grandes estructuras económicas, sociales y culturales que, de forma profunda y muchas veces imperceptible, configuraban el devenir histórico.

Es bien conocido el ejemplo de Braudel y su monumental obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. El proyecto inicial contemplaba un título centrado en el monarca español, pero fue Lucien Febvre quien le hizo ver que el enfoque debía ser justamente el contrario. El protagonista no era Felipe II, sino el

Mediterráneo como espacio histórico. Las fuerzas económicas, sociales y geográficas constituían, a juicio de esta escuela, factores mucho más decisivos que las acciones individuales o los acontecimientos puntuales.

Se ha señalado incluso que algunos representantes de los Annales encontraron en la larga duración una forma de relativizar o matizar la importancia de la derrota francesa de 1940. Ello no impidió, sin embargo, que muchos de ellos mantuvieran un firme compromiso personal frente al totalitarismo. El caso más significativo es el de Marc Bloch, que participó activamente en la Resistencia francesa y fue finalmente ejecutado por los nazis en 1944.

La influencia de los Annales fue también perceptible en la evolución de la propia Historia de las Relaciones Internacionales. Historiadores como Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle incorporaron al análisis internacional el concepto de las *forces profondes*, las fuerzas profundas, con el objetivo de superar una visión exclusivamente diplomática o política de las relaciones entre los Estados. Factores económicos, sociales, culturales, ideológicos e incluso psicológicos pasaban a integrarse en la explicación histórica, configurando una aproximación más compleja y rica de los fenómenos internacionales. De este modo, la Historia de las Relaciones Internacionales se convirtió en un espacio de encuentro entre la atención a los acontecimientos y la consideración de los procesos de larga duración.

Posteriormente, nuevos debates metodológicos, entre ellos el denominado giro lingüístico, trataron de incorporar a la Historia los enfoques postmodernos desarrollados por autores como Michel Foucault o Jacques Derrida, cuyas propuestas ejercieron una notable influencia en disciplinas afines como las Relaciones Internacionales.

Los postulados de la Escuela de los Annales siguen siendo extraordinariamente valiosos, pero también han sido objeto de críticas. Entre ellas destaca la posible deshumanización del relato histórico. Los grandes procesos estructurales pueden llegar a ocultar la importancia de las decisiones individuales, la singularidad de determinados acontecimientos o incluso el papel de la contingencia y del azar en la historia.

Pierre Vilar formuló esta cuestión de manera particularmente sugerente al preguntarse dónde debía fijar su atención el historiador al estudiar una explosión: en la ley general de los gases o en la cerilla que la desencadenó. La pregunta resume de manera magistral la tensión permanente entre estructura y acontecimiento, entre las grandes

fuerzas históricas y la acción concreta de los individuos.

El presente trabajo es plenamente consciente de estos debates. Si bien parte de un conocimiento sólido de las principales teorías de las Relaciones Internacionales, también ha sido concebido desde la conciencia de que el oficio del historiador posee métodos, problemas y tradiciones intelectuales propias que preceden y, en muchos aspectos, trascienden a las teorías de esta disciplina.

Dentro de este debate metodológico, hemos optado por una aproximación más cercana al relato, a la historia de los hechos y de sus protagonistas, utilizándolos como hilo conductor para abordar una tragedia colectiva como es la historia contemporánea de Oriente Medio. Ello no significa ignorar la importancia de la larga duración ni de los grandes procesos sociales, religiosos, económicos o culturales relacionados con la descolonización, la construcción de identidades o las transformaciones geopolíticas de la región. Todos ellos forman parte inseparable de la explicación histórica y constituyen, por sí mismos, posibles objetos privilegiados de estudio. Hemos decidido privilegiar algunos de estos elementos y dejar otros para investigaciones futuras.

En último término, hemos querido hacernos eco de aquella reflexión con la que Charles Dickens abre *Historia de dos ciudades*: que todos los seres humanos constituyen un misterio para los demás. Este trabajo aspira, precisamente, a desentrañar algunos de esos misterios a través del estudio de hechos concretos, decisiones singulares y protagonistas cuya actuación contribuyó a modelar el curso de la historia.

Al mismo tiempo, queremos reconocer la influencia de una tradición historiográfica distinta, pero complementaria, representada por la Escuela de los Annales y, de manera muy particular, por Marc Bloch. Más allá de las diferencias metodológicas que han marcado los debates historiográficos del último siglo, compartimos plenamente la convicción expresada por Bloch en *El oficio de historiador* cuando afirmaba que “una palabra domina e ilumina nuestros estudios: comprender”. El historiador no es un mero recopilador de datos ni un juez del pasado; su tarea consiste en comprender a los hombres y mujeres de otras épocas, sus circunstancias, sus decisiones y sus limitaciones. Como escribió el propio Bloch:

“Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: “comprender”. No digamos que el buen historiador está por encima de las pasiones; cuando menos tiene esa. No ocultemos que es una palabra cargada de dificultades, pero también de esperanzas.

Palabra, sobre todo, llena de amistad”

Este trabajo se sitúa modestamente en esa aspiración. Pretende comprender antes que juzgar, explicar antes que simplificar y acercarse, desde la historia y las relaciones internacionales, a una realidad tan compleja y dolorosa como la de Oriente Medio con el convencimiento de que, detrás de los procesos históricos, de las estructuras y de los acontecimientos, se encuentran siempre seres humanos cuyas experiencias y decisiones merecen ser comprendidas.

En cuanto a su estructura, el trabajo se desarrollará en cuatro capítulos y las conclusiones extraídas. El primer capítulo realizará un repaso histórico de la situación en el Imperio otomano y en la península de Arabia, territorios que en el futuro serían considerados Oriente Medio, en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial (antes de 1914).

El segundo capítulo analizará la diplomacia secreta mantenida entre las potencias europeas durante la guerra (en el periodo de 1915-1917), así como sus efectos posteriores.

El tercer capítulo ahondará en los Tratados alcanzados tras la guerra, en particular, los emanados de la Conferencia de Paz de París abarcando el periodo de 1918-1920 y las consecuencias de su aplicación.

El cuarto capítulo buscará comprender cómo las situaciones surgidas durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra de 1918 redefinieron la geografía política de la región y establecieron patrones de dominación y dependencia que continúan condicionando las dinámicas internacionales en Oriente Medio hasta la actualidad.

Finalmente, en las conclusiones se analizarán las consecuencias que estas acciones han tenido en la política actual y en qué medida contribuyen a la inestabilidad que presenta hoy en día este territorio considerando su evolución.

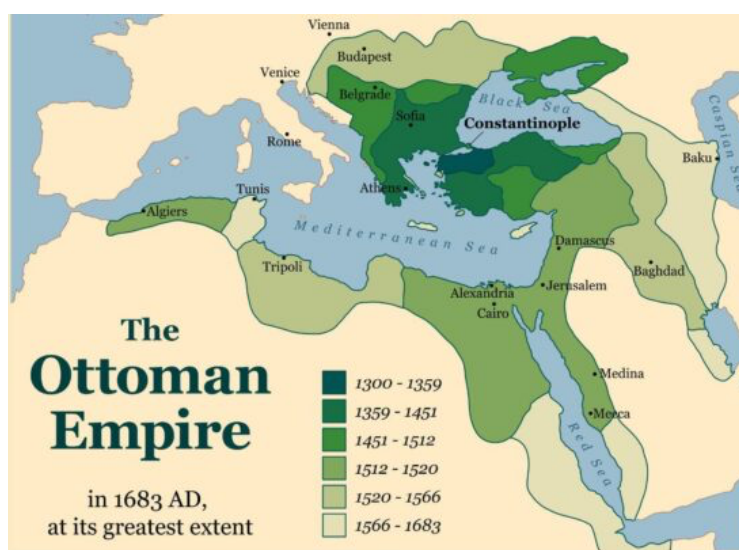
Capítulo I: El escenario previo y el estallido de la Gran Guerra

1.1 La “cuestión de Oriente”: el Imperio otomano y su descomposición

El Imperio otomano fue uno de los más extensos y longevos de la historia (1299-1922). Llegó a estar presente en tres continentes (europeo, africano y asiático), manteniendo una posición sociopolítica dominante especialmente entre los siglos XV y XVII, tras lo cual entró en un largo periodo de transformación y declive frente al ascenso de las potencias europeas. En su época de esplendor, coincidiendo con el siglo XVI, dominaba desde la actual Hungría en el norte de sus fronteras hasta la península arábiga por el sur y desde la actual Argelia por el oeste hasta Irán en el este. También dominaba gran parte de las zonas costeras en torno al mar Negro, especialmente en lo que hoy es Ucrania, y el Mediterráneo oriental fue durante mucho tiempo un mar otomano (Georgeon, 2005).

Figura 1.

Mapa de la máxima expansión del Imperio otomano



Nota: El mapa muestra la evolución territorial del Imperio desde el año 1300 hasta su apogeo. Adaptado de *Imperio otomano*, por Editorial Etecé, 2023, Enciclopedia Humanidades (<https://humanidades.com/Imperio-otomano/>).

Este extenso Imperio estaba formado por un conjunto heterogéneo de pueblos y creencias religiosas. Contaba con una compleja estructura político-administrativa, en la

que la cúspide del poder del Imperio turco era el sultán, con un poder absoluto, controlando el ejército, la economía y la religión.

El ejército otomano fue la institución clave en el mantenimiento de la estructura de poder del Imperio destacando los jenízaros, tropas de élite vinculadas estrechamente al sultán y que siempre tuvieron una gran influencia en los acontecimientos políticos del Imperio. En el mar, los otomanos tuvieron la principal flota mediterránea que llegó a dominar el Mediterráneo oriental y gran parte del golfo arábigo, pero, además, contaban con una poderosa infantería, fundamental en la expansión por la zona de los Balcanes (De la Torre del Río, 2004)

Una vez descritas sus principales fortalezas y el dominio que llegó a adquirir, resulta difícil entender qué pudo llevar a su desaparición y fragmentación. Para comprender esta cuestión, se debe analizar cómo esas fortalezas conllevaban una serie de debilidades que condicionaron la situación del Imperio otomano al inicio de la Primera Guerra Mundial, su participación en la misma y su desintegración posterior. Destacaba la existencia de una estructura obsoleta con necesidad de modernización, la complejidad de su estructura político-administrativa, deseos independentistas de los diferentes pueblos y creencias que lo constituían, y, como factor determinante, las continuas injerencias extranjeras.

La extensión territorial del Imperio dificultaba el ejercicio de un control político eficaz. En este inmenso territorio no habían dejado de sucederse episodios nacionalistas e independentistas, así como injerencias internacionales. Según Dixon y Sarkees (2016), el Imperio otomano sufrió al menos treinta y tres guerras civiles² entre 1816 y 1914.

La mayor parte de la población otomana se concentraba en Anatolia y Estambul, mientras que, en otras zonas del Imperio, especialmente en los Balcanes, los turcos otomanos constituían una minoría que, aun así, ejercía el poder político y administrativo. En estas zonas predominaban poblaciones cristianas, junto a minorías musulmanas, lo que generaba tensiones sociales y dificultades de integración. Este contexto favoreció la intervención de las potencias europeas, que justificaron su injerencia en la necesidad de proteger a las poblaciones cristianas del Imperio. Este proceso, conocido como la “cuestión de Oriente”, contribuyó progresivamente al debilitamiento y a la desintegración del Imperio otomano (Morfakidis Motos, 2017).

² Definidas como rebeliones no estatales que provocaron al menos mil muertes de combatientes al año.

Este fenómeno se tradujo en una pérdida progresiva de control efectivo sobre los territorios. Egipto, por ejemplo, quedó bajo protectorado británico en 1882, mientras que Túnez pasó a estar bajo dominio francés desde 1881, aunque manteniendo formalmente a un “*bajá*³” como gobernante. En el ámbito árabe, los otomanos también enfrentaron conflictos con movimientos locales, como los wahabitas en la península arábiga, en un contexto de creciente inestabilidad.

La élite dirigente otomana apenas conectaba con el resto de la sociedad turca, cristiana o árabe. Además, había corrupción en todos los niveles, ya que los gastos suntuarios y el sistema de tributación indirecta, en manos de arrendadores de impuestos, tenían al país arruinado e insatisfecho. A todo ello se añadía un ejército al que se destinaban grandes sumas de dinero y que, a pesar de haber sido modernizado, no siempre resultaba victorioso a la altura de las circunstancias. Quedaba, por tanto, un Imperio debilitado, con numerosos problemas internos, en lucha contra las injerencias extranjeras, que iba a verse implicado en un conflicto internacional.

La configuración de la región estuvo enormemente condicionada por las decisiones adoptadas por las potencias aliadas durante y tras la Primera Guerra Mundial. Fromkin (1989) argumenta que dichas decisiones no respondieron únicamente a una estrategia de expansión y control, sino también a un gran desconocimiento de la región y sus realidades políticas, sociales y culturales. A ello se sumaron las tensiones y desconfianzas entre las potencias europeas, especialmente Reino Unido y Francia.

Este proceso de reorganización territorial fue presentado en su momento bajo un discurso de modernización y estabilización política, aunque realmente estuvo condicionado por intereses económicos y estratégicos. Fueron estos factores los que contribuyeron a la creación de estructuras estatales que resultaron limitadas desde el inicio.

Por ello, este trabajo sitúa su objeto de estudio en esta etapa, partiendo de la premisa de que los conflictos actuales en Oriente Medio no pueden comprenderse como fenómenos aislados, sino como el resultado de dinámicas estructurales que se originaron a partir de las decisiones tomadas durante este periodo.

³ Título histórico otomano que equivalía a gobernante de las provincias.

1.2 Intereses estratégicos: el canal de Suez (Reino Unido) y la Gran Siria (Francia)

Las principales potencias europeas presentes en Oriente Medio, especialmente Reino Unido y Francia, desarrollaron sus estrategias en un contexto marcado por el auge de los nacionalismos y las crecientes tensiones entre los proyectos imperialistas y las demandas de autodeterminación de los pueblos. Ambas potencias buscaron consolidar su influencia en la región atendiendo a sus intereses.

El principal interés británico consistía en controlar el canal de Suez, un enclave esencial para garantizar una ruta marina hacia la India, pieza clave del Imperio británico. Además de tener una gran importancia comercial, el canal tenía un gran valor geopolítico y militar, ya que permitía una conexión rápida entre los distintos enclaves del Imperio.

El interés por el canal se extendía hasta el golfo Pérsico, donde el Reino Unido consolidó su presencia como potencia dominante a finales del siglo XIX. El objetivo era asegurar las rutas comerciales hacia Asia y limitar la influencia de otras potencias europeas, como Francia o Alemania. En este contexto, la rivalidad con el Imperio ruso, especialmente en Persia, favoreció una ampliación progresiva de la influencia británica en la región, que se materializó en acuerdos, reajustes territoriales y enfrentamientos indirectos (Sánchez Mateos, 2018).

A comienzos del siglo XX, la creciente importancia de los recursos energéticos reforzó esta estrategia. La creación de la *Anglo-Persian Oil Company* en 1909 y de la *Turkish Petroleum Company* en 1912 evidencian el papel central que el petróleo comenzaba a desempeñar en la política exterior británica. A ello se sumaba su participación en instituciones financieras como el Banco Nacional Otomano, lo que consolidaba su influencia económica en el Imperio otomano.

Por otro lado, Francia centró sus intereses en la región conocida como la “Gran Siria”, que comprendía los territorios de las actuales Siria, Líbano, Palestina y Jordania. Desde el punto de vista religioso, Francia se consideraba la protectora tradicional de las comunidades cristianas de la región. Esta posición le permitió justificar su intervención en el territorio, en un contexto de rivalidad con el Imperio ruso, que aspiraba a proteger a las comunidades cristianas ortodoxas en Siria y Palestina. Las tensiones en torno a la protección fueron utilizadas por ambas potencias como argumento para legitimar su presencia en el territorio.

Francia, además, reclamaba “derechos históricos” sobre Siria y Líbano, donde había invertido grandes sumas de dinero en el desarrollo de infraestructuras en la región tales como puertos, redes ferroviarias y servicios públicos, lo que hacía que el bienestar económico de la zona estuviera intrínsecamente ligado a los intereses de capital francés. Francia controlaba gran parte de la deuda pública otomana y las concesiones de infraestructuras. Su objetivo final era convertir esa influencia previa en un dominio territorial formal.

En conjunto, la actuación de Reino Unido y Francia en Oriente Medio refleja una competencia por el control estratégico de la región, en la que confluyeron intereses comerciales, estratégicos y energéticos en un mismo marco de actuación (Sánchez Mateos, 2018).

1.3 La entrada de los jóvenes turcos en la guerra y el fin del status quo

Parece difícil comprender la razón por la cual un Imperio tan debilitado como el otomano decidió entrar en la guerra. Para entenderlo, hay que atender a una combinación de factores en un contexto de debilidad interna. A comienzos del siglo XX, el Imperio se encontraba en una situación crítica, marcada por la pérdida progresiva de territorios y la incapacidad de frenar su desintegración lo que, junto con una serie de decisiones diplomáticas desacertadas y la creciente influencia alemana, acabó por condicionar su entrada en el conflicto.

En este contexto adquirió protagonismo el movimiento de los **Jóvenes Turcos**, un grupo nacionalista que accedió al poder en 1909 tras un golpe de Estado con el objetivo de modernizar el Imperio, limitar el poder absoluto del sultán e instaurar un sistema de monarquía constitucional. Aunque el sultanato no fue abolido, el sultán quedó relegado a un papel simbólico, concentrándose el poder real en manos de esta nueva élite política (De la Torre del Río, 2004).

Sin embargo, el grupo heredó un territorio profundamente inestable. El Imperio otomano, que había pasado a ser conocido como “**el hombre enfermo de Europa**” (Pérez González y Sánchez Herráez, 2012), se enfrentaba a una intensa conflictividad interna derivada de los movimientos nacionalistas y de la diversidad étnica y religiosa de sus territorios. A ello se sumaban importantes derrotas militares que evidenciaban su debilidad, como la guerra contra Italia (1911), que supuso la pérdida de Libia y Rodas, y las guerras balcánicas (1912–1913), tras las cuales el Imperio perdió la mayor parte de

sus territorios europeos, conservando únicamente la región en torno a Estambul.

En el plano internacional, la situación tampoco era favorable. Rusia, que había sido un enemigo histórico del Imperio otomano, aspiraba a controlar los estrechos del Bósforo y los Dardanelos para garantizar su acceso al mar Mediterráneo (García Picazo, 2015). Esta amenaza reforzó la percepción entre los líderes otomanos de que la supervivencia del Imperio dependía de su alineación con una gran potencia.

Tras un intento fallido de acercamiento al Reino Unido, el Imperio otomano encontró en el Imperio alemán un aliado estratégico. El Imperio alemán ofrecía apoyo militar, asistencia financiera y cooperación en proyectos de infraestructuras como el ferrocarril Berlín-Bagdad, sin mostrar, aparentemente, ambiciones territoriales directas en la región. Además, figuras clave como Enver Bajá⁴ confiaban en una victoria alemana que permitiría al Imperio recuperar territorios perdidos y expandir su influencia hacia el Cáucaso y Asia Central (Fromkin, 1989). En este contexto, el Imperio otomano entró en la guerra en noviembre de 1914 del lado de las Potencias Centrales⁵. Esta decisión respondió tanto a la necesidad de garantizar su supervivencia frente a Rusia como a la expectativa de revertir su declive territorial y político.

La proclamación de la *yihad* por parte del sultán-califa buscó movilizar a las poblaciones musulmanas en apoyo del Imperio. Sin embargo, su impacto fue limitado, evidenciando la pérdida de autoridad del califato y la fragmentación del mundo islámico, donde numerosos musulmanes combatieron en ejércitos de los Aliados⁶. Este hecho refleja, en última instancia, el debilitamiento de las estructuras tradicionales del Imperio y el fin del equilibrio político que había caracterizado la región hasta entonces.

En el otoño de 1918, unidades británicas vencieron a las turco-alemanas, mientras que la rendición búlgara con la firma del armisticio de Tesalónica (29 de septiembre de 1918) dejaba indefensa Constantinopla que, por primera vez desde 1453, pasó a estar bajo el mando de potencias extranjeras. Todo ello obligó al Imperio a rendirse y firmar el **armisticio de Mudros (30 de octubre de 1918)**. La derrota supuso para el Imperio otomano el tránsito violento y traumático de un Imperio teocrático multiétnico a un

⁴ Líder de la revolución de los Jóvenes Turcos.

⁵ Imperio alemán y austrohúngaro, a los que posteriormente se unirían Bulgaria (1915) y el propio Imperio otomano (1914).

⁶ Francia, Reino Unido, Italia (que cambió de bando en 1915), Rusia (hasta la revolución bolchevique de 1917) y Estados Unidos (a partir de 1917).

Estado-nación moderno y secular: la Turquía moderna.

Capítulo II: Las promesas que nadie pensaba cumplir (1915-1917)

2.1 La revuelta árabe y la correspondencia Hussein-McMahon: la ilusión de un reino árabe unificado

El principal problema de la Primera Guerra Mundial en Oriente Medio fue la serie de acuerdos contradictorios realizados por los británicos.

Rogan (2015) describe cómo entre finales de 1914 y durante 1915 se dio un intenso debate en las negociaciones sobre el futuro del mundo árabe, siempre con la independencia del poder otomano como objetivo. Una tendencia defendía la unidad en forma de Confederación bajo una autoridad islámica, frente a la línea de políticos sirios interesados en crear un Estado árabe único sobre bases no religiosas. Los británicos no eran partidarios de la postura arabista por temor a la creación de un poderoso e inmenso Estado que podría alentar los nacionalismos independentistas en otras partes de su Imperio.

En este contexto, tuvo lugar la **correspondencia Hussein-McMahon (1915-1916)** entre el jerife y emir de La Meca, Hussein ibn Ali de la dinastía de los hachemitas, y el Alto Comisionado británico en Egipto, Sir Henry McMahon (1915-1917). A lo largo de diez cartas enviadas entre 1915 y 1916 se pactó la insurrección árabe contra los otomanos apoyando a los Aliados a cambio de la promesa de un futuro “Reino de Arabia” con el reconocimiento británico (García Picazo, 2015). Este futuro “Reino”, cuyas fronteras fueron trazadas por el propio Hussein ibn Ali, abarcaría desde la península arábiga e Iraq hasta el Levante, incluyendo Líbano, Siria, Palestina y Jordania. No obstante, la evidencia epistolar revela que, mediante el empleo de un lenguaje ambiguo con frases tales como “*sin perjuicio de los Tratados*” —incluidos los acuerdos con la familia Saudí— o “*sin detrimento de Francia*”, McMahon (1915-1916) excluyó ciertas regiones de la futura nación árabe alegando que “no eran puramente árabes” o que Francia tenía intereses en ellas (Rogan, 2015).

De este modo, en junio de 1916 estallaría la **revuelta árabe** desde Medina hasta Damasco, sin involucrar a tropas francesas ni británicas, tratándose de una rebelión interna de los árabes en alianza con los británicos, quienes únicamente apoyaron económica y materialmente a través de armamento y el asesoramiento de figuras tan destacadas como Thomas Edward Lawrence.

En paralelo, los británicos firmarían una alianza con la familia real saudí, rival de los hachemitas. Pactado entre el Rey Abdulaziz ibn Saud y el diplomático Sir Percy Cox, el **Tratado de Darin (26 de diciembre de 1915)** supuso el apoyo financiero y militar británico para el sostenimiento de la Casa de Saud y el mantenimiento de sus fronteras a cambio del compromiso saudí de neutralidad durante la guerra para no atacar a los Aliados ni sus protectorados, incluyendo estos Kuwait, Qatar y los Estados de la Tregua (hoy, Emiratos Árabes Unidos). Ello implicaba un choque directo con los intereses hachemitas, cuyo objetivo incluía las tierras saudíes, de manera que se creó una situación en la que Londres financiaba a ambos bandos de la que sería una inevitable futura guerra civil (Rogan, 2011).

Estas negociaciones y deslealtades se vivieron como una traición para los hachemitas, propiciando el caldo de cultivo perfecto para el surgimiento del **nacionalismo árabe** (García Picazo, 2015). Desde finales del siglo XIX había penetrado en Oriente Medio desde Europa el nacionalismo cultural de Fichte a través de Sati al-Husri (1882-1968), quien abogaba por una nación árabe enraizada en el concepto de identidad que emergía de características lingüísticas, históricas y religiosas comunes y rechazaba fervientemente el colonialismo europeo. Por otro lado, Yamal al-Afgani (1838-1897) defendía un nacionalismo político basado en la voluntad por constituir una nación panárabe sin distinciones identitarias o étnicas, viendo en las potencias europeas un ejemplo a seguir hacia la modernidad.

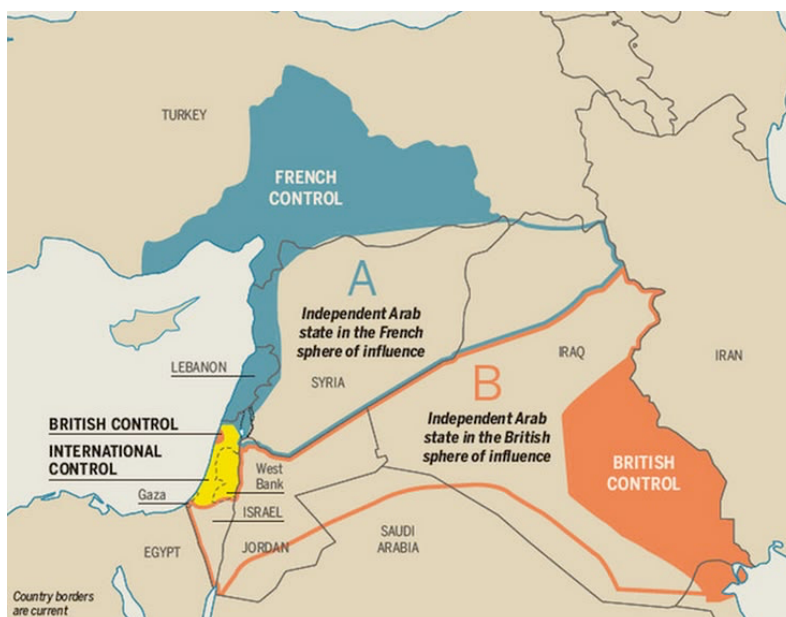
2.2 El Acuerdo Sykes-Picot y el reparto de zonas de control e influencia

El **Acuerdo Sykes-Picot (16 de mayo de 1916)** consistió en el reparto secreto del Imperio otomano entre Francia y el Reino Unido, con el visto bueno de Italia y de la Rusia zarista (anterior a la revolución bolchevique de 1917). Firmado por los diplomáticos británico Mark Sykes y francés François Georges-Picot, dividió Oriente Medio en cinco zonas de influencia como una estrategia para salvaguardar los intereses geopolíticos de ambas potencias y poder “dividir y vencer” a los diferentes centros de poder que previsiblemente emergerían en caso de una derrota del Imperio tras la Primera Guerra Mundial (Sánchez Mateos, 2018). Implicaba, así, no solo una garantía para el uso de las zonas de influencia como frente militar abierto contra los otomanos durante la guerra, sino también el control sobre las rutas de navegación que enlazaban el mar Mediterráneo y el mar Rojo con sus Imperios coloniales en África y Asia.

El Acuerdo partió Oriente Medio a través de una línea imaginaria desde Acre a Kirkuk en dos, un **Norte francés** y un **Sur británico**, y en cinco: una zona exclusiva francesa o “**zona azul**” (la costa de Siria, el Líbano y el sudeste de la península de Anatolia), una zona exclusiva británica o “**zona roja**” (Mesopotamia, incluyendo Bagdad y Basora, y el acceso al Mediterráneo a través de Haifa y Acre), una zona de control internacional o “**zona marrón**” (la Palestina histórica, incluyendo Jerusalén), una zona de influencia francesa o “**zona A**” (interior de Siria, incluyendo Aleppo y Damasco, y la ciudad de Mosul) y una zona de influencia británica o “**zona B**” (Transjordania, el desierto del Néguev y el desierto de Mesopotamia).

Figura 2.

Mapa del acuerdo Sykes-Picot (1916)



Nota: El mapa detalla las zonas de control directo e indirecto asignadas a Francia y Gran Bretaña. Adaptado de *Middle East Colonialism*, por Marraway History, s.f.

<https://marrawayhistory10.weebly.com/me-colonialism.html>

Estas cinco zonas delimitaban las regiones en las que se pretendían crear Estados como protectorados de ambas potencias, sustituyendo lo que habían sido las “provincias” del Imperio otomano (García Picazo, 2015). De este modo, el paso de unos territorios en los que las fronteras eran fluidas y puramente administrativas al de una nueva organización territorial del Imperio fragmentado en forma de Estados-nación artificiales suponía el desmembramiento étnico de comunidades y la contradicción directa con lo

pactado con los hachemitas en la correspondencia Hussein-McMahon y los saudíes en el Tratado de Darin, reduciendo el prometido “Reino de Arabia” a un reparto entre potencias (Barr, 2012; Graves, 1991; Wilson, 1988).

Así pues, cuando el Acuerdo secreto se hizo público en noviembre de 1917, los árabes se sintieron profundamente traicionados al evidenciarse que las potencias no buscaban su reconocimiento sino satisfacer intereses propios.

El mapa establecido tras el Acuerdo se volvería a alterar tres décadas más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial, con la creación del Estado de Israel en 1948 en el territorio del mandato británico sobre Palestina, siguiendo lo ya enunciado por el Gobierno británico en la Declaración Balfour de 1917 (Fromkin, 1989).

2.3 La Declaración Balfour y el compromiso con el sionismo

La **Declaración de Balfour (2 de noviembre de 1917)** fue un compromiso británico con el sionismo para la creación de un “hogar nacional judío” en la Palestina histórica, tratándose de un territorio sobre el que el Reino Unido no tenía control legal ni soberanía en 1917.

Así, de forma casi simultánea a la correspondencia Hussein-McMahon y al Acuerdo Sykes-Picot, el ministro de exteriores británico Arthur Balfour envió una carta en forma de declaración de intenciones al líder sionista Lionel Walter Rothschild en la que apoyaba la creación de una nación judía, sentando con ello las bases para la que posteriormente sería la conformación del Estado de Israel (1948). Entre los motivos, se encontraba la esperanza de que las presiones sionistas mantuviesen a Estados Unidos y Rusia en una posición firme contra el Imperio alemán durante la guerra, el mantenimiento del control británico sobre el canal de Suez y la limitación de la influencia francesa sobre el Mediterráneo. De este modo, los judíos aceptaron, pues parte del movimiento sionista consideraba que una Palestina británica equivalía a una Palestina judía.

No obstante, se trataba de un territorio previamente comprometido con los árabes (correspondencia Hussein-McMahon y Tratado de Darin) y con Francia (Acuerdo Sykes-Picot), dando lugar al germen que desembocaría en el conflicto árabe-israelí enquistado hasta nuestros días. En 1922, Arthur Balfour sostendría que “correcto o incorrecto, bueno o malo, el sionismo (...) estaba arraigado en una trascendencia mucho más profunda que los deseos y prejuicios de los 700.000 árabes que ahora habitaban esa tierra antigua”,

justificando la autodeterminación de una minoría étnica de entorno al 9% de judíos frente al 91% de árabes en aquel momento.

De acuerdo con Rogan (2015), se puede concluir que el colapso otomano dejó un vacío de poder que los británicos llenaron con promesas contradictorias. El resultado trajo consigo una Arabia unificada bajo la espada de Ibn Saud y un Levante fragmentado por las fronteras artificiales de Europa.

Capítulo III: Cómo quedó el mapa: de las negociaciones a las fronteras (1918–1920)

3.1 La Conferencia de París: los ideales de Wilson frente a los intereses coloniales

El 8 de enero de 1918, meses antes de que se firmase el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919) que ponía fin a la primera contienda mundial, el Presidente estadounidense Woodrow Wilson pronunciaba ante el Congreso de Estados Unidos su célebre discurso en el que enarbolaba los “Catorce Puntos” como el conjunto de propuestas que debían guiar a la Sociedad Internacional hacia un escenario postbélico. Entre ellas, la determinación de las fronteras mundiales a partir del principio de las nacionalidades y la creación de una organización internacional que garantizase la efectividad de este proyecto fueron los dos puntos de mayor relevancia.

Por un lado, el principio de las nacionalidades venía a recuperar la premisa del nacionalismo decimonónico que Pasquale Stanislao Mancini condensó en la idea de “a cada nación un Estado”, estableciendo así que “los verdaderos sujetos del Derecho Internacional no son los Estados sino las nacionalidades” (De Stefano, 2002). Una idea que no solo conducía a la desintegración de los grandes Imperios plurinacionales como el austrohúngaro y el otomano y a la creación de nuevos Estados-nación que emergerían como consecuencia, sino que a su vez sentaba las bases para el que posteriormente sería el principio que abre la Carta de San Francisco (24 de octubre de 1945) y que no es otro sino el de la autodeterminación de los pueblos que propiciase el proceso de descolonización de África y Asia en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial.

Por otro lado, la creación de una organización internacional que sirviera de garante para la paz supondría la constitución de la **Sociedad de Naciones en 1919** la cual, ante la importante ausencia de Estados Unidos en su composición y de medios coercitivos para hacer cumplir sus Resoluciones, se vio condenada al fracaso, disolviéndose y cediendo el relevo a la **Organización de las Naciones Unidas en 1945**, en adelante, ONU.

No obstante, estos catorce principios calaron profundamente en la diplomacia que pactó el fin de la Primera Guerra Mundial tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918. Así, el 18 de enero de 1919 y un año después al discurso de W. Wilson, se iniciaba la **Conferencia de Paz de París** que, sobre los hombros del Comité de los Cuatro representado por los Jefes de Gobierno de los países vencedores (Estados Unidos, Francia, Reino Unido e Italia), llevaría a seis meses de negociaciones en las que se acordarían las

condiciones para la paz sin contar con los vencidos (Imperio alemán, Bulgaria, el Imperio austrohúngaro –desintegrado en Austria y Hungría– y el Imperio otomano –desintegrado en Turquía y los mandatos francobritánicos–).

De esta Conferencia nacerían el **Tratado de Versalles (1919)** firmado con Alemania, el **Tratado de Saint-Germain-en-Laye (1919)** firmado con Austria, el **Tratado de Neuilly (1919)** firmado con Bulgaria, el **Tratado de Trianon (1920)** firmado con Hungría y el **Tratado de Sèvres (1920)** firmado con Turquía. Cinco Tratados que tomaban la forma de imposiciones ante los vencidos y que descansaban sobre lo ya pactado durante la guerra a través de la diplomacia secreta con el Tratado de Londres (1915), la correspondencia Hussein-McMahon (1915-16), el Acuerdo Sykes-Picot (1916) y la Declaración Balfour (1917).

Ante tales circunstancias, a las que se añaden el alejamiento de los ideales wilsonianos, la dureza de las medidas impuestas a Alemania y la arbitrariedad en el reparto de Oriente Medio (MacMillan, 2005), no es de extrañar que poco después Europa se acelerase hacia la segunda contienda mundial, dejando la Conferencia de Paz de París múltiples lecciones aprendidas sobre uno de los mayores errores históricos en lo que respecta a hacer la paz (Fromkin, 1989).

3.2 El sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones: legitimación jurídica del control europeo

Fue el **Tratado de Versalles (28 de junio de 1919)** el que, en su parte primera (artículos 1-26), creó la Sociedad de Naciones. Así, bajo el paraguas de esta organización internacional se conformó el **sistema de mandatos** que, de acuerdo con el artículo 22 de dicho tratado, otorgaba a las naciones avanzadas la tutela de los territorios y colonias que habían dejado de estar bajo la soberanía de sus antiguos gobernantes tras la guerra, especialmente de aquellos pueblos que aún no podían valerse por sí mismos (*Tratado de Versalles*, 1919, art. 22). Esta tutela sería ejercida por los Estados vencedores como Mandatarios en nombre de la Sociedad de Naciones, legitimando jurídicamente el control europeo sobre las antiguas colonias de los vencidos.

Además, el artículo 22 continuaba distinguiendo tres tipos de mandatos según “la etapa de desarrollo del pueblo, la situación geográfica del territorio, sus condiciones económicas y otras circunstancias similares”. (*Tratado de Versalles*, 1919, art. 22). De esta manera, los territorios que antes pertenecieron al Imperio otomano fueron

catalogados como **mandatos de tipo A**, lo que implicaba un reconocimiento provisional de su existencia como naciones independientes, “sujeta a la prestación de asesoramiento y asistencia administrativa por parte de un Mandatario hasta el momento en que sean capaces de valerse por sí mismas” (*Tratado de Versalles*, 1919, art. 22), como fiel reflejo de la misión civilizadora que el imaginario occidental se arrogaba sobre otras culturas y pueblos (Louis, 1985). Por otro lado, los mandatos de tipo B (África Central) y de tipo C (África subsahariana y las islas del Pacífico) no gozaron tan siquiera de tal reconocimiento, quedando este postergado hasta que la Carta de las Naciones Unidas de 1945 amparase el anteriormente referido principio de autodeterminación de los pueblos.

De este modo, las que en su día fueron las provincias del Imperio otomano que habían sido ocupadas por Francia y el Reino Unido durante la guerra, pasaron a constituir los mandatos británicos sobre Iraq, Palestina y Transjordania y el mandato francés sobre Siria, que incluía al Líbano. Estos mandatos que en la teoría suponían una “*tutela hasta que los países pudieran valerse por sí mismos*” implicaron en la práctica la partición de los territorios del Imperio otomano en base a criterios estratégicos y el establecimiento de regímenes títere (Choueiri, 2003).

La Comisión Permanente de Mandatos, como institución de supervisión creada por la Sociedad de Naciones, resultó ineficiente a la hora de controlar a los Mandatarios, quienes ignoraron los intereses legítimos de los pueblos para favorecer los suyos propios. Todo ello propició que los Estados bajo mandato carecieran de una base institucional sólida, impidiendo el surgimiento y la consolidación de Estados-nación robustos en las décadas siguientes (Sluglett, 2014).

3.3 San Remo y Sèvres: el nacimiento de Iraq, Palestina, Transjordania, y el mandato francés de Siria

La **Conferencia de San Remo (abril de 1920)** fue celebrada por los vencedores de la Primera Guerra Mundial para precisar los repartos territoriales fruto de la partición del Imperio otomano entre Francia y Reino Unido. Por un lado, se creó el *mandato francés de Siria (1920-1946)*, que integraba el Estado de Damasco, el Estado de Aleppo, el Estado alauí, el Gran Líbano, el Estado de Jabal Druze y el Estado de Hatay. Por otro lado, Iraq pasó a conformar el *mandato británico de Mesopotamia (1920-1932)* bajo el reinado de Faysal ibn Hussein. Por su parte, se creó el *mandato británico de Palestina (1920-1948)*, que integraba los territorios actuales de Israel, territorios palestinos y Jordania y que, de

acuerdo con los compromisos alcanzados en la Declaración Balfour (1917), quedó sujeta a las disposiciones relativas a la creación de un “hogar nacional judío”. Finalmente, el *Emirato de Transjordania (1922-1946)* se integró inicialmente en el mandato de Palestina, del que fue desligado administrativamente en 1922 y sujeto al emir Abdullah ibn Hussein, hermano de Faysal, manteniéndose bajo el mandato británico hasta su independencia en 1946.

Meses después, la firma del **Tratado de Sèvres (agosto de 1920)** formalizó lo ya esgrimido en San Remo con la participación del Imperio otomano. Tratándose de uno de los Tratados más complejos de la Conferencia de Paz de París, estableció duras condiciones para el Imperio otomano que, a pesar de conservar el sultanato y con ello la Autoridad Imperial Otomana, vio reducido su territorio al actual Estambul y parte de la península de Anatolia. Además de la partición de los mandatos francobritánicos, en Anatolia oriental se creó el Kurdistán como Estado autónomo para los Kurdos, en tanto que varias regiones se anexaron a Armenia para formar la Gran Armenia. Asimismo, Grecia se anexionó la región de Esmirna y Tracia oriental, se establecieron zonas de influencia para Francia e Italia y los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos se abrieron a la navegación internacional para su uso libre tanto en tiempos de paz como de guerra.

No obstante, el Tratado de Sèvres no pudo entrar en vigor por el rechazo del Movimiento Nacional Turco encabezado por **Mustafá Kemal Atatürk**, quien ya controlaba el parlamento turco y reivindicaba la reconquista de los territorios ocupados por las potencias vencedoras, así como la abolición del sultanato y el establecimiento de un nuevo gobierno en Ankara. Los nacionalistas turcos combatirían contra griegos y armenios, logrando tomar de nuevo la península de Anatolia y parte de Tracia oriental y poniendo fin a las zonas de influencia francesa e italiana. Ello hizo que en **1923 se firmase el Tratado de Lausana**, que anulaba el Tratado de Sèvres, y establecía las fronteras modernas de Turquía, que incluía los estrechos de Dardanelos y Bósforo así como Estambul. Junto con ello, el Tratado de Lausana descartó del todo la posibilidad de creación de un Estado kurdo que había previsto el anterior Tratado de Sèvres, quedando la población kurda esparcida entre Turquía, Siria, Iraq e Irán. Las políticas asimilacionistas, las insurgencias y los movimientos nacionalistas kurdos continúan condicionando la estabilidad de la región (Lewis, 2002).

El **moderno Estado de Turquía** se configuró, así, como una República que marcaba el fin de la era del sultanato y del califato, eliminando la estructura política y

religiosa que había durado seis siglos. Tras el genocidio armenio ocurrido durante la Gran Guerra (1915), el paso del Imperio al Estado-nación se asentó sobre la eliminación de la diversidad, que incluyó el éxodo de los cristianos ortodoxos hacia Grecia, para hacer de Turquía una nación étnicamente pura. De acuerdo con Lewis (2002), a diferencia de otros procesos de independencia, el nacimiento de Turquía como nación (1923) vino acompañado de un cambio cultural impuesto desde arriba hacia abajo, de modo que el Imperio otomano no murió solo por causas externas, sino que fue desmantelado por dentro para dar paso a una Turquía moderna que quería olvidar su pasado imperial y oriental para ser aceptada como potencia europea. El resultado supuso un éxito militar de los nacionalistas, pero también el fin de la convivencia de siglos entre musulmanes, cristianos y judíos en la región.

Capítulo IV: Análisis crítico: la herencia colonial en la geopolítica actual

4.1. El diseño de “Estados artificiales”: el problema de las fronteras lineales frente a las realidades sectarias

Tal y como se ha expuesto a lo largo de este trabajo, fueron el colonialismo europeo a finales del siglo XIX y el desmoronamiento del Imperio otomano a principios del siglo XX consecuencia de la Primera Guerra Mundial los dos factores principales que explican la delimitación de las fronteras en Oriente Medio.

Así, el diseño de estos “**Estados artificiales**”, cimentado sobre la diplomacia secreta durante la guerra, los Tratados posteriores a la misma y el resto de decisiones que han sido objeto de análisis en los capítulos anteriores, supuso la imposición de fronteras lineales y arbitrarias sobre una realidad demográfica, sectaria y étnica compleja que ignoró las divisiones históricas de las comunidades suníes, chiíes y kurdas que habitaban estas tierras, creando Estados-nación con identidades nacionales débiles que, un siglo después, enfrentan graves crisis de legitimidad y soberanía perpetuando conflictos enquistados que son parte del pasado y el presente de la región (Álvarez-Ossorio, 2011).

La contrariedad entre los Acuerdos firmados y las promesas alcanzadas dio lugar a conflictos en el seno de los mandatos británicos de Mesopotamia (Iraq), Palestina y Transjordania y el mandato francés de Siria (que incluía al Líbano) que no cesaron hasta que lograron su independencia tras la Segunda Guerra Mundial. Estos mandatos francobritánicos emplearon la estrategia del “divide y vencerás” en la que privilegiaban a unas minorías étnicas sobre otras con el fin de conseguir Estados fallidos en los que no quedase otra alternativa que la del dominio colonial como vía de contención a la violencia sectaria (Álvarez-Ossorio, 2011).

En primer lugar, el **mandato francés de Siria** creado en 1920 suponía en realidad una amalgama de entidades políticas fragmentadas que, siguiendo el modelo de “provincias” del Imperio otomano, estaba compuesto por el Estado de Damasco, el Estado de Aleppo, el Gran Líbano, el Estado alauí, el Estado de Jabal Druze, así como una región autónoma, Alejandreta, que en 1938 proclamaría su autonomía como Estado de Hatay para integrarse como provincia de Turquía solo un año después. Además, los inicios de su andadura habían estado marcados por el conflicto con los nacionalistas sirios,

encabezados por Faysal ibn Hussein⁷, que rechazaban la presencia francesa y que proclamarían el Reino de Siria en marzo de 1920 solo para ser derrotados por los franceses en julio de ese mismo año en la **batalla de Maysalun** (Sluglett, 2014). La organización territorial del mandato siguió, de este modo, criterios confesionales y sectarios diferenciando entre la mayoría suní de Damasco, Alepo y Hatay, la mayoría cristiana del Gran Líbano, la población alauita en el Estado alauí y la población drusa en el Estado de Jabal Druze.

En lo que respecta a la administración del mandato, Francia se sirvió de funcionarios sin una fuerte adscripción política e identitaria en la zona, como veteranos del mandato marroquí, o pertenecientes a minorías de cada Estado, como cristianos en Damasco y Alepo y suníes en el Gran Líbano (Sluglett, 2014). A su vez, Francia apostó por favorecer a las minorías alauita y drusa en la constitución del nuevo Ejército nacional.

No obstante, a partir de 1925 Francia pudo constatar cómo la división sectaria no se tradujo en un mayor control sobre la población. Una oleada de revueltas que tuvieron su origen en la región de Jabal Druze concentraron una alianza intersectoria entre facciones leales a Faysal ibn Hussein, antiguos funcionarios y oficiales otomanos y comunidades campesinas, extendiéndose a la mayoría de las regiones del mandato. Estos disturbios obligaron a Francia a introducir ciertas concesiones políticas. En 1930 se proclamó la República Siria, dotada de una Constitución y de instituciones representativas, aunque bajo el control del mandato francés y sin integrar plenamente todos los territorios bajo administración francesa, como las regiones alauí y de Jabal Druze. La principal fuerza política, el Bloque Nacional, era un partido conservador de terratenientes y burguesía urbana que cooperó con Francia y en 1936 logró firmar el Tratado de independencia que le concedía su plena soberanía, no alcanzándola de facto hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 (Sluglett, 2014).

Durante su tiempo en el gobierno hasta 1945, el Bloque Nacional favoreció el ascenso a puestos de poder de los árabes sobre las minorías kurdas, armenias o asirias, lo que generó un resentimiento que se hizo palpable tras la independencia, cuando los árabes pasaron a estar excluidos del Ejército y la Administración. Las regiones alauí y drusa, que

⁷ Uno de los hijos del jerife y emir de La Meca, Hussein ibn Ali, de la dinastía de los hachemitas.

habían sido separadas del Reino de Siria en 1939, fueron incorporadas de nuevo, en tanto que el Estado de Hatay pasó a formar parte de Turquía tras un referéndum que nunca ha llegado a ser reconocido por Siria. Finalmente, los franceses se retiraron tras bombardear Damasco y ceder el poder a oficiales de las minorías étnicas.

Esta cesión tendría consecuencias de largo alcance: los oficiales alauitas, favorecidos desde la época del mandato en la estructura militar, fueron proclives a protagonizar golpes de Estado en las décadas siguientes. Uno de ellos, Hafez al Asad, se haría con el control definitivo del país en 1970, instaurando una dictadura que su hijo Bashar perpetuaría hasta su derrocamiento el 8 de diciembre de 2024, cuando una coalición de fuerzas rebeldes tomó Damasco y Assad huyó a Moscú, poniendo fin a más de cinco décadas de dominio familiar. La frágil transición política que atraviesa Siria desde entonces constituye una ilustración contemporánea de la inestabilidad estructural que las decisiones del mandato francés contribuyeron a generar.

Por su parte, en 1923 el **Gran Líbano**, cuya mayoría cristiana era más afín a Francia, se separaría administrativamente del Estado de Siria, constriñendo sus fronteras un verdadero mosaico étnico y religioso configurado por cristianos maronitas y musulmanes suníes al Norte, chiíes al Sur y drusos en el interior, junto con minorías armenias y alauitas repartidas por el territorio (Fuentes Gil y Pellicer Balsalobre, 2016). Como consecuencia, tras su independencia de Francia en 1946, su Constitución estableció un sistema electoral por comunidades, favoreciendo con ello el nepotismo, la corrupción y el uso de la división sectaria como arma electoral. Estas tensiones sectarias acabaron desembocando en la guerra civil en la que se vio enfrentada el país entre 1975-1990 y que aún lastra el desarrollo de este Estado.

Como resultado, el legado francés en Oriente Medio consistió en la conformación de dos Estados de reciente creación, delimitados por fronteras arbitrarias, con identidades nacionales aún incipientes y atravesados por profundas tensiones intersectarias, agravadas por cerca de treinta años de políticas confrontativas.

En cuanto a los **mandatos británicos** creados en 1920, estos tuvieron una duración menor que los franceses, salvo el mandato de Palestina, y se abogó por el establecimiento de monarquías en Iraq y Transjordania fruto del acuerdo con la dinastía

hachemita (reflejado en la correspondencia Hussein-McMahon) que había apoyado a los británicos en la revuelta árabe contra los otomanos.

En primer lugar, el **Reino de Iraq** se constituyó a partir de la fusión de los valiatos⁸ de Basora (de mayoría chií), Bagdad (de mayoría suní) y Mosul (de mayoría kurda) ocupados por Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial. Tratándose de un territorio estratégico para consolidar el control sobre el Canal de Suez y el Golfo Pérsico, así como para frenar la expansión rusa por Asia Central, Reino Unido trató de mantener la estabilidad del mandato estableciendo un reinado bajo el mando del rey Faysal ibn Hussein, quien había huido de Siria tras la derrota de los franceses en julio de 1920. De origen suní y ampliamente influenciado por el nacionalismo árabe sirio, pronto se vio enfrentado a los nacionalistas iraquíes chiíes que, relegados a una ciudadanía de segunda clase, abogaban por el fin de la ocupación. Sin embargo, la independencia de Iraq no se lograría hasta 1932.

A lo largo de su reinado hasta su muerte en 1933, Faysal I privilegió a los árabes suníes en Administración y Ejército, a pesar de ser una minoría en el país. Ello tuvo consecuencias a posteriori, tales como las sucesivas insurgencias que acabaron con la monarquía en 1958. Tras su derrocamiento, se produjo un cambio de régimen e Iraq quedó en manos de militares suníes, entre los cuales se encontraría Sadam Hussein, quienes perpetraron la misma discriminación que durante décadas habían experimentado los chiíes sobre los suníes y los kurdos. Una violencia sectaria que perdura hasta la actualidad.

Por su parte, la entidad de Palestina-Transjordania que, inicialmente había quedado bajo control británico según la Sociedad de Naciones, se separó administrativamente al crear el **emirato de Transjordania** con Abdullah ibn Hussein, hermano de Faysal, al frente. Este emirato permitía a Reino Unido asegurarse la salida al mar Rojo y creaba una *buffer zone* que coadyuvaba a encerrar a Francia en Siria y Líbano a la par que distanciaba a Palestina de los anhelos expansionistas de Arabia Saudí. Tras alcanzar su independencia en 1946, Transjordania cambiaría su nombre oficial a Jordania en 1950 al tiempo que se anexionó las regiones de Cisjordania fruto del armisticio con Israel (Fuentes Gil y Pellicer Balsalobre, 2016). Los sucesores de Abdullah I siguen

⁸ Territorio administrado por un valí (gobernador) en el Imperio otomano. Fueron las provincias de primer nivel creadas tras la importante reforma administrativa de 1867, sustituyendo al sistema de eyalatos.

reinando en Jordania, que se alza como uno de los Estados más estables de Oriente Medio.

En lo que respecta al **mandato británico de Palestina**, este supuso un verdadero problema para Reino Unido. Se trataba de una región densamente poblada y en la que convergían árabes y judíos alentados por la Declaración Balfour (1917) y el movimiento sionista que se asentaba sobre las ideas de Theodor Herzl. Lejos de mantenerse al margen, los británicos favorecieron el peso de los judíos en los puestos de la alta Administración, suscitando tensiones con los árabes, las cuales finalmente estallaron en la revuelta árabe de 1936. Esta situación continuó deteriorándose hasta 1947, cuando la Organización de las Naciones Unidas diseñó un plan de partición a solicitud de Reino Unido. El plan, que se formalizó en la Resolución 181 (II) de la Asamblea General, proponía la creación de dos Estados, uno judío y otro árabe, así como la administración internacional de la ciudad de Jerusalén. Solo trece de los cincuenta y siete Estados que por aquel momento formaban parte de la ONU -entre los que aún no se encontraba España- votaron en contra de dicha Resolución. Como consecuencia, el 15 de mayo de 1948 se producía la declaración unilateral de independencia por parte del Estado de Israel, lo que desencadenó una declaración de guerra por parte de la mayoría de países árabes, haciendo estallar la primera de las muchas guerras árabe-israelíes (Fuentes Gil y Pellicer Balsalobre, 2016).

4.2. La competencia entre Reino Unido y Francia como fuente de inestabilidad

La configuración geopolítica de Oriente Medio tras la Primera Guerra Mundial no fue únicamente el resultado de la desintegración del Imperio otomano o del establecimiento de fronteras artificiales, sino que también estuvo profundamente condicionada por la **rivalidad estratégica** entre Reino Unido y Francia, dos potencias aliadas durante la Primera Guerra Mundial, pero competidoras en la definición del nuevo orden regional. Aunque ambas compartían el objetivo de impedir la reconstitución del poder otomano y garantizar sus intereses económicos y militares, diferían en sus prioridades geopolíticas, lo que generó tensiones que condicionaron la evolución de los nuevos Estados surgidos de los mandatos (Barr, 2012).

Durante la guerra, esta rivalidad quedó parcialmente contenida mediante acuerdos como Sykes-Picot (1916), que establecía un reparto preliminar de zonas de influencia. Sin embargo, lejos de resolver las diferencias entre ambas potencias, el acuerdo

institucionalizó una lógica de competencia existente entre Londres y París por el control del espacio árabe. Como señala Barr (2012), la cooperación anglofrancesa en Oriente Medio estuvo marcada por una profunda desconfianza mutua, hasta el punto de que la diplomacia posterior a la guerra estuvo condicionada por el temor de cada potencia a que la otra incrementara su influencia regional.

Las divergencias eran especialmente visibles en la región del Levante. Francia aspiraba a consolidar su presencia histórica en Siria y Líbano, donde justificaba su intervención mediante la protección de las comunidades cristianas y sus inversiones económicas previas. Reino Unido, por su parte, buscaba garantizar la seguridad del canal de Suez, preservar las comunicaciones con la India y consolidar su posición en Mesopotamia y Palestina. Esta diferencia de objetivos provocó continuas disputas sobre la delimitación de fronteras, el acceso a recursos estratégicos y el control de infraestructuras clave.

Uno de los ejemplos más significativos de esta rivalidad fue la **cuestión siria**. Tras la entrada de las fuerzas árabes de Faysal ibn Hussein en Damasco en 1918, los británicos mostraron cierta disposición a respaldar un proyecto político árabe bajo liderazgo hachemita. Sin embargo, Francia consideraba Siria parte de su esfera de influencia y rechazó cualquier solución que limitara su control directo sobre la región. La derrota del Reino Árabe de Siria en la batalla de Maysalun (1920) y el establecimiento definitivo del mandato francés evidenciaron el predominio de los intereses coloniales sobre las aspiraciones nacionalistas locales. Para amplios sectores de la población árabe, este episodio confirmó que las promesas realizadas durante la guerra habían quedado subordinadas a los acuerdos entre potencias europeas (Fromkin, 1989; Rogan, 2011).

La competencia también se reflejó en la creación de entidades políticas diseñadas para reforzar posiciones estratégicas frente al otro mandatario. La constitución de Transjordania bajo tutela británica respondió, entre otras razones, a la necesidad de crear un territorio colchón entre Palestina, Iraq y los dominios franceses del norte. Del mismo modo, la fragmentación administrativa impulsada por Francia en Siria buscaba dificultar la consolidación de un nacionalismo árabe unificado que pudiera extenderse a las zonas bajo influencia británica. Estas decisiones contribuyeron a consolidar una estructura regional basada en la fragmentación política y en la dependencia de las potencias

extranjeras (Barr, 2012; García Picazo, 2015).

Asimismo, la competencia entre ambas potencias se extendió al ámbito económico y estratégico. El control de las rutas comerciales, los puertos mediterráneos y los recursos energéticos emergentes, especialmente en Iraq y la región de Mosul, se convirtió en un elemento central de la disputa. Según Fromkin (1989), muchas de las decisiones adoptadas durante las negociaciones de paz estuvieron motivadas por la voluntad de garantizar ventajas estratégicas frente a la potencia aliada antes que por el propósito de favorecer la estabilidad de los territorios administrados.

Las consecuencias de esta rivalidad trascendieron el periodo de los mandatos. La ausencia de una coordinación efectiva entre ambas administraciones, la instrumentalización de las identidades locales y la subordinación de las aspiraciones nacionalistas a los intereses imperiales dificultaron la construcción de instituciones legítimas y favorecieron la aparición de conflictos políticos recurrentes. En lugar de establecer un marco estable para la transición hacia la independencia, la competencia anglofrancesa contribuyó a generar estructuras estatales frágiles y relaciones regionales marcadas por la desconfianza (Rogan, 2011; Sluglett, 2014).

4.3. ¿Explicación total o parcial? Otros factores: Segunda Guerra Mundial, Guerra Fría, petróleo y movimientos islamistas

Aunque el reparto del Imperio otomano y el sistema de mandatos constituyen elementos fundamentales para comprender la evolución política de Oriente Medio, atribuir exclusivamente a estos acontecimientos la responsabilidad de los conflictos contemporáneos supondría una simplificación reduccionista. Las fronteras artificiales, la fragmentación territorial y las estructuras institucionales heredadas del periodo colonial configuraron un marco de vulnerabilidad e inestabilidad, pero la evolución posterior de la región estuvo igualmente condicionada por acontecimientos históricos que transformaron profundamente sus dinámicas políticas, económicas y sociales (Álvarez-Ossorio, 2011).

En primer lugar, la **Segunda Guerra Mundial (1939-1945)** representó un punto de inflexión para Oriente Medio, ya que alteró significativamente el equilibrio de poder

internacional y aceleró el proceso de descolonización. La debilitación de Francia y Reino Unido redujo la capacidad de ambos para mantener sus Imperios coloniales y permitió que los movimientos nacionalistas árabes incrementaran sus reivindicaciones independentistas. Como consecuencia, durante las décadas posteriores se produjo un proceso gradual de descolonización que culminó con la independencia formal de los territorios sometidos a mandato. Sin embargo, la retirada de las potencias europeas no vino acompañada de una consolidación institucional suficiente, lo que favoreció la aparición de golpes de Estado, regímenes autoritarios y conflictos internos en numerosos países de la región (Rogan, 2011).

En muchos casos, los nuevos Estados heredaron instituciones diseñadas originalmente para garantizar el control colonial más que para promover la participación política o la cohesión nacional. La ausencia de mecanismos democráticos consolidados favoreció la aparición de regímenes autoritarios y frecuentes intervenciones militares en la vida política. Siria experimentó numerosos golpes de Estado durante las décadas de 1940 y 1950, mientras que Iraq vio cómo la monarquía instaurada bajo patrocinio británico era derrocada en 1958. Estos acontecimientos reflejan que muchas de las dificultades posteriores derivaron tanto de las limitaciones estructurales heredadas de los mandatos como de la incapacidad de los nuevos gobiernos para construir sistemas políticos inclusivos y estables (Fromkin, 1989; Rogan, 2011).

Asimismo, la Segunda Guerra Mundial modificó el equilibrio geopolítico global y favoreció la emergencia de Estados Unidos y la Unión Soviética como nuevas potencias dominantes. Este cambio reduciría progresivamente la influencia europea en la región y abriría una nueva etapa caracterizada por la competencia entre las dos superpotencias, transformando la naturaleza de muchos conflictos locales.

Por otro lado, la creación del **Estado de Israel** en 1948 y las sucesivas guerras árabe-israelíes introdujeron un nuevo factor de inestabilidad que trascendía el legado directo de los mandatos. Si bien el conflicto palestino-israelí hunde sus raíces en las decisiones adoptadas durante el mandato británico de Palestina, su evolución posterior estuvo determinada por dinámicas propias derivadas de la confrontación entre el nacionalismo árabe y el sionismo, así como por la creciente implicación de actores regionales e internacionales (Pérez González y Sánchez Herráez, 2012).

En tercer lugar, la **Guerra Fría (1947-1991)** transformó Oriente Medio en una de las principales zonas de competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Su posición geográfica, situada entre Europa, Asia y África, así como la presencia de importantes recursos energéticos, convirtió la región en uno de los principales escenarios periféricos del mundo bipolar. Como consecuencia, numerosos conflictos internos dejaron de ser exclusivamente domésticos para convertirse en episodios de una confrontación global entre bloques ideológicos (Sánchez Mateos, 2018).

Tanto Washington como Moscú desarrollaron políticas activas destinadas a ampliar su influencia. Estados Unidos fortaleció sus vínculos con países como Arabia Saudí, Jordania e Israel, mientras que la Unión Soviética apoyó a gobiernos nacionalistas árabes como los de Egipto, Siria o Iraq. Esta competencia favoreció una intensa militarización regional, impulsando carreras armamentísticas y proporcionando recursos económicos y militares a actores locales que, en otras circunstancias, habrían tenido una capacidad mucho más limitada para sostener conflictos prolongados (Rogan, 2011).

En el caso estadounidense, esta dinámica fue especialmente visible en sus relaciones con las monarquías conservadoras de la región. Países como Arabia Saudí, Jordania o Irán bajo el gobierno del sah Mohammad Reza Pahlavi recibieron un importante apoyo político, económico y militar para mantener su papel como aliados y muros de contención frente a la expansión de la influencia soviética. El caso iraní resulta particularmente significativo ya que, tras el golpe de Estado de 1953 contra el primer ministro Mohammad Mosaddeq, organizado con apoyo de los servicios de inteligencia británicos y estadounidenses, el régimen del sah reforzó su carácter autoritario mediante el fortalecimiento de sus aparatos represivos. A largo plazo, esta situación contribuyó al crecimiento del descontento social que desembocaría en la Revolución Islámica de 1979 (Rogan, 2011).

Por su parte, la Unión Soviética apoyó a diversos regímenes nacionalistas árabes que adoptaron posiciones cercanas al bloque socialista. Egipto bajo Gamal Abdel Nasser, Siria tras la llegada al poder del Partido Baaz e Iraq durante determinados periodos recibieron asistencia económica y militar soviética. Aunque estos gobiernos impulsaron reformas modernizadoras y promovieron políticas de desarrollo económico, también concentraron el poder en torno al Estado y limitaron el pluralismo político. En Siria, por

ejemplo, la consolidación del régimen baazista y, posteriormente, la llegada de Hafez al-Asad al poder en 1970 dieron lugar a un sistema político autoritario que eliminó todo vestigio de democracia (Rogan, 2011).

Otro elemento fundamental para comprender la evolución de Oriente Medio es la importancia estratégica de los **recursos energéticos**. Aunque la presencia de petróleo ya era conocida durante el periodo de los mandatos, fue a partir de mediados del siglo XX cuando su explotación masiva transformó profundamente la política regional e internacional. La concentración de algunas de las mayores reservas mundiales de hidrocarburos convirtió a Oriente Medio en un espacio de interés prioritario para las grandes potencias y para la economía global.

La riqueza petrolera alteró significativamente las relaciones de poder dentro de la región. Estados como Arabia Saudí, Iraq, Kuwait o los Emiratos Árabes Unidos adquirieron una relevancia política y económica muy superior a la que habían tenido durante el periodo otomano. Al mismo tiempo, el control de estos recursos generó nuevas rivalidades interestatales y aumentó la intervención extranjera en asuntos regionales. Muchas crisis internacionales, desde la crisis de Suez de 1956 hasta las guerras del Golfo de 1991 y 2003, estuvieron estrechamente vinculadas a consideraciones energéticas y estratégicas relacionadas con el petróleo (Sánchez Mateos, 2018).

Además, la denominada “maldición de los recursos” afectó a numerosos países productores. Los ingresos procedentes del petróleo permitieron consolidar estructuras estatales altamente centralizadas y reducir la dependencia fiscal respecto de la ciudadanía, limitando en muchos casos los incentivos para desarrollar instituciones democráticas.

Finalmente, uno de los fenómenos más relevantes para comprender el Oriente Medio contemporáneo es el crecimiento de los **movimientos islamistas**. Aunque el islam ha desempeñado históricamente un papel central en la región, la emergencia de organizaciones que reivindican la religión como fundamento principal del orden político es un fenómeno relativamente reciente, vinculado principalmente a los cambios experimentados durante la segunda mitad del siglo XX (Dixon y Sarkees, 2016).

El auge del islamismo estuvo relacionado, en parte, con el desgaste de las

ideologías nacionalistas y panarabistas que habían dominado el escenario político tras las independencias. La derrota árabe frente a Israel en la Guerra de los Seis Días de 1967 supuso un duro golpe para líderes como Gamal Abdel Nasser y para los proyectos secularizadores impulsados desde diversos Estados árabes. En este contexto, numerosos sectores sociales comenzaron a considerar que las soluciones importadas de Occidente o inspiradas en modelos socialistas habían fracasado, favoreciendo la expansión de movimientos que proponían un retorno a referentes islámicos (Rogan, 2011).

La Revolución iraní de 1979 constituyó un acontecimiento decisivo en este proceso. Por primera vez en la era contemporánea, un movimiento islamista lograba derrocar a un régimen aliado de Occidente y establecer un nuevo modelo político basado en principios religiosos. A partir de entonces, distintas organizaciones islamistas adquirieron una creciente influencia en numerosos países de la región.

Décadas más tarde, la aparición de grupos yihadistas transnacionales como Al Qaeda o el autodenominado Estado Islámico añadiría nuevas dimensiones a la conflictividad regional, vinculadas a procesos de radicalización, crisis estatales y dinámicas ideológicas que difícilmente pueden atribuirse exclusivamente al legado colonial (Dixon y Sarkees, 2016).

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo se ha analizado el proceso de desintegración del Imperio otomano y la intervención de las potencias europeas en Oriente Medio durante y después de la Primera Guerra Mundial. El estudio de la correspondencia Hussein-McMahon (1915-1916), el Acuerdo Sykes-Picot (1916), la Declaración Balfour (1917), el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones (1920) y la posterior configuración territorial de la región ha permitido identificar los principales mecanismos a través de los cuales Reino Unido y Francia contribuyeron a la construcción del nuevo orden regional.

El análisis realizado evidencia que la delimitación de fronteras artificiales, la fragmentación territorial de comunidades históricamente interconectadas, la instrumentalización de las diferencias étnicas y religiosas y la subordinación de las aspiraciones nacionalistas árabes a intereses geopolíticos europeos generaron importantes problemas de legitimidad estatal y cohesión social. Estas dinámicas dejaron una huella duradera que continúa proyectándose sobre numerosos conflictos contemporáneos.

No obstante, el trabajo también ha puesto de manifiesto que la conflictividad actual de Oriente Medio no puede explicarse exclusivamente a partir del legado colonial. Acontecimientos posteriores como la Segunda Guerra Mundial, la creación del Estado de Israel, la Guerra Fría, la competencia por los recursos energéticos y el auge de los movimientos islamistas modificaron profundamente la realidad regional, interactuando con las estructuras heredadas del periodo de los mandatos.

En consecuencia, el reparto del Imperio otomano debe entenderse como uno de los factores fundamentales para comprender la evolución política de Oriente Medio durante el último siglo, aunque no como una explicación única o suficiente. La complejidad de los conflictos actuales exige una perspectiva histórica amplia que permita comprender cómo decisiones adoptadas hace más de cien años continúan condicionando, junto con otros procesos posteriores, la estabilidad y el desarrollo de la región.

De este modo y partiendo de las evidencias obtenidas a lo largo de la investigación, pueden extraerse las siguientes conclusiones:

Primera. La configuración territorial del Oriente Medio contemporáneo fue consecuencia directa del colapso del Imperio otomano y de la intervención de las potencias europeas vencedoras de la Primera Guerra Mundial. Lejos de responder a

procesos espontáneos de construcción nacional, las fronteras de gran parte de los Estados de la región fueron diseñadas en el contexto de negociaciones internacionales dominadas por intereses estratégicos británicos y franceses.

Segunda. Las promesas contradictorias formuladas por Reino Unido durante la guerra constituyeron uno de los principales factores de deslegitimación del nuevo orden regional. La coexistencia de la correspondencia Hussein-McMahon, el Acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour generó expectativas incompatibles entre sí, alimentando una profunda sensación de traición entre amplios sectores de la población árabe. No obstante, estas contradicciones no fueron únicamente el resultado de una estrategia deliberada de engaño, sino también de la existencia de distintos centros de poder, cuyas prioridades políticas y estratégicas no siempre coincidían. Esta circunstancia contribuye a explicar la superposición de promesas realizadas a actores diferentes y las dificultades posteriores para compatibilizarlas.

Tercera. El sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones supuso una continuidad de las lógicas coloniales bajo una nueva legitimación jurídica internacional. Aunque los mandatos de tipo A reconocían teóricamente la futura independencia de los territorios administrados, en la práctica Francia y Reino Unido ejercieron un control neocolonial que subordinó los intereses de las poblaciones locales a sus propios objetivos estratégicos. Además, la supervisión internacional resultó insuficiente para garantizar que la administración de estos territorios respondiera prioritariamente a los intereses de sus habitantes.

Cuarta. La creación de Estados como Siria, Líbano, Iraq, Transjordania o Palestina respondió principalmente a criterios geopolíticos y administrativos, ignorando con frecuencia las realidades históricas, étnicas y confesionales existentes sobre el terreno. Esta circunstancia contribuyó a la aparición de identidades nacionales débiles y a la consolidación de tensiones comunitarias que han perdurado hasta la actualidad.

Quinta. Tanto Francia como Reino Unido recurrieron a estrategias de gobierno basadas en la instrumentalización de las diferencias étnicas para consolidar su dominio. La política francesa de fragmentación territorial en Siria y Líbano, así como el favorecimiento británico de determinadas élites en Iraq y Palestina, contribuyeron a reforzar divisiones que posteriormente serían utilizadas por actores locales en contextos de conflicto interno.

Sexta. La rivalidad geopolítica entre Francia y Reino Unido desempeñó un papel fundamental en la configuración del nuevo orden regional. A pesar de su condición de aliados durante la guerra, ambas potencias compitieron por la influencia política, económica y estratégica en Oriente Medio.

Séptima. Los principales conflictos contemporáneos de la región presentan una clara conexión con las estructuras políticas y territoriales surgidas durante el periodo de los mandatos. Las fracturas sectarias en Iraq, las tensiones confesionales en Siria y Líbano, la cuestión kurda y el conflicto palestino-israelí encuentran parte de sus raíces en las decisiones adoptadas por las potencias europeas tras la Primera Guerra Mundial.

Octava. El trabajo demuestra igualmente que el fracaso de proyectos políticos supranacionales, como el panarabismo, no puede atribuirse exclusivamente a la intervención europea. La fragmentación territorial impulsada por las potencias coloniales dificultó el desarrollo de proyectos de integración regional, pero también existían divisiones internas, rivalidades dinásticas, intereses contrapuestos entre las élites locales y limitaciones estructurales que condicionaban las posibilidades reales de construir una entidad política árabe unificada.

Novena. El análisis realizado permite concluir que la inestabilidad regional debe entenderse desde una perspectiva multicausal. Las decisiones adoptadas entre 1914 y 1923 crearon estructuras estatales vulnerables y legitimidades políticas incompletas, pero fueron los acontecimientos posteriores los que amplificaron muchas de estas debilidades y transformaron tensiones latentes en conflictos abiertos.

Décima. En consecuencia, la hipótesis principal de este trabajo queda confirmada parcialmente. El reparto del Imperio otomano y el sistema de mandatos constituyeron elementos decisivos para la configuración de los problemas políticos que han caracterizado Oriente Medio durante el último siglo. Sin embargo, la conflictividad contemporánea no puede explicarse exclusivamente por este legado colonial, sino por la interacción entre dicho legado y una serie de procesos históricos posteriores que contribuyeron a perpetuar y transformar las tensiones existentes. El Oriente Medio actual es, por tanto, el resultado tanto de las decisiones adoptadas por las potencias europeas tras la Primera Guerra Mundial como de la evolución política, económica e ideológica experimentada por la región a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI.

Finalmente, las entrevistas realizadas refuerzan la necesidad de abordar el estudio

del legado colonial desde una perspectiva compleja y alejada de interpretaciones simplificadoras. Los testimonios analizados coinciden en señalar la importancia de los factores coloniales para comprender la evolución regional, pero también ponen de manifiesto la relevancia de los procesos históricos posteriores, la actuación de las élites locales y las limitaciones de los mecanismos internacionales de supervisión.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Acuerdo Sykes-Picot. (1916). The Avalon Project. Yale Law School.

https://avalon.law.yale.edu/20th_century/sykes.asp

Carta de las Naciones Unidas. (1945). Organización de las Naciones Unidas.

<https://www.un.org/es/about-us/un-charter>

Correspondencia Hussein-McMahon. (1915-1916). Palestinian Academic Society for the Study of International Affairs (PASSIA).

<https://www.palquest.org/en/historictext/24959/letter-sir-henry-mcmahon-sharif-hussein>

Declaración Balfour. (1917). The Avalon Project. Yale Law School.

https://avalon.law.yale.edu/20th_century/balfour.asp

Mandato palestino. (1922). The Avalon Project. Yale Law School.

https://avalon.law.yale.edu/20th_century/palmanda.asp

Organización de las Naciones Unidas. (1947). *Resolución 181 (II) de la Asamblea General de las Naciones Unidas*. [https://docs.un.org/es/a/res/181\(ii\)](https://docs.un.org/es/a/res/181(ii))

Tratado de Sèvres. (1920). Jerusalem Media and Communication Centre (JMCC).

<https://www.jmcc.org/en/Article/274/Treaty-of-Sevres>

Tratado de Versalles. (1919). The Avalon Project. Yale Law School.

<https://avalon.law.yale.edu/imt/parti.asp>

Fuentes secundarias

Libros y capítulos de libros

Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso.

Barr, J. (2012). *A line in the sand: The Anglo-French struggle for the Middle East, 1914-1948*. W. W. Norton & Company.

Bloch, M. (1996). *Apología para la historia o el oficio de historiador* (M. Villanueva y J. M. Gómez de la Serna, trads.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1949).

Braudel, F. (1953). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

Fondo de Cultura Económica.

- Choueiri, Y. (2003). *Modern Arab historiography: Historical discourse and the nation-state*. Routledge.
- De la Torre del Río, R. (2004). La desintegración del Imperio otomano. En J. Paredes (Coord.), *Historia contemporánea* (pp. 458-459). Ariel.
- De Stefano, J. (2002). El principio de la nacionalidad. En *Libro Homenaje a Gonzalo Pérez Luciani* (Vol. 1, pp. 593-608). Tribunal Supremo de Justicia de Venezuela.
- Dickens, C. (1859). *Historia de dos ciudades*. Chapman & Hall.
- Dixon, J. S. y Sarkees, M. R. (2016). Intra-state Wars in the Middle East and North Africa. En *A Guide to Intra-state Wars: An Examination of Civil, Regional, and Intercommunal Wars, 1816–2014*. CQ Press.
- Fromkin, D. (1989). *A peace to end all peace: The fall of the Ottoman Empire and the creation of the modern Middle East*. Owl Books.
- Graves, R. (1991). *Lawrence y los árabes*. Seix Barral. (Obra original publicada en 1927).
- Lewis, B. (2002). *The emergence of modern Turkey* (3.^a ed.). Oxford University Press.
- Louis, W. M. R. (1985). The era of the mandates system and the non-European world. En H. Bull y A. Watson (Eds.), *The expansion of international society* (pp. 201–210). Clarendon Press.
- MacMillan, M. (2005). *París, 1919: Seis meses que cambiaron el mundo*. Tusquets Editores.
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. W. W. Norton & Company.
- Onuf, N. (1989). *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*. University of South Carolina Press.
- Rogan, E. (2011). *Los árabes: Del Imperio otomano a la actualidad* (T. Fernández Aúz, trad.). Editorial Crítica.
- Rogan, E. (2015). *La caída de los otomanos: La Gran Guerra en el Oriente Próximo* (T. Fernández Aúz y B. Eguibar, trads.). Editorial Crítica.
- Said, E. W. (1978). *Orientalism*. Pantheon Books.
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. Addison-Wesley.
- Wilson, J. (1988). *T. E. Lawrence*. Haskell House. (Obra original publicada en 1935).

Artículos de revista

- Álvarez-Ossorio Alvariño, I. (2011). El mito de la conflictividad del mundo árabe: De la época colonial a las revueltas populares. *Investigaciones Geográficas*, (55), 55-70.
- Fuentes Gil, J. y Pellicer Balsalobre, J. M. (2016). Cien años de geopolítica en Oriente Medio: el Acuerdo Sykes-Picot. *Documento de Opinión IEEE*, (117/2016), 895-932.
- García Picazo, P. (2015). La configuración de Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial. *Revista UNISCI*, (37), 49-72. http://dx.doi.org/10.5209/rev_RUNI.2015.n37.49600
- Georgeon, F. (2005). El Imperio otomano y Europa en el siglo XIX: De la cuestión de Oriente a la cuestión de Occidente. *Cuenta y Razón*, (139).
- Khalidi, R. (2012). The “Middle East” as a framework of analysis: Remapping a region in the era of globalization. *Novact*.
- Pérez González, C. y Sánchez Herráez, P. (2012). *El conflicto palestino-israelí II* (Conflictos Internacionales Contemporáneos n.º 16). Ministerio de Defensa de España.
- Rodríguez, P. (2017). Sykes-Picot: la línea en la arena que durante un siglo ha marcado Oriente Medio. *Cuenta y Razón*, (49).
- Sánchez Mateos, E. (2018). El nuevo marco geopolítico de Oriente Medio. *Política y Sociedad*, 55(3), 673-692. <http://dx.doi.org/10.5209/POSO.58320>
- Sluglett, P. (2014). An improvement on colonialism? The ‘A’ mandates and their legacy in the Middle East. *International Affairs*, 90(2), 413–427. <https://doi.org/10.1111/1468-2346.12117>
- Wendt, A. (1992). Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics. *International Organization*, 46(2), 391–425.

Tesis doctorales

- Morfakidis Motos, D. M. (2017). *La cuestión de Oriente en la historiografía española decimonónica (1821–1878)* [Tesis doctoral, Universidad de Granada]. Repositorio Institucional UGR.

Páginas web y bases de datos

Enciclopedia Humanidades. (s.f.). *Inicio*. <https://humanidades.com/>

Marroway History. (s.f.). *Middle East Colonialism*.

<https://marrawayhistory10.weebly.com/me-colonialism.html>

Ministerio de Defensa. (s.f.). *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*.

<http://www.ieee.es/>

Yale Law School. (s.f.). *The Avalon Project: Documents in Law, History and Diplomacy*. <https://avalon.law.yale.edu/default.asp>

ANEXOS:

ANEXO I: DECLARACIÓN DE USO DE HERRAMIENTAS DE IA GENERATIVA



Curso 2025/2026

Nombre Grado/Máster:	E-5 (Doble Grado de Derecho y Relaciones Internacionales)
Nombre Alumno:	Marta López Rivera
Coordinador/a TFG/TFM:	Javier Gil Pérez
Nombre Director/a de TFG/TFGM:	Emilio Sáenz-Francés

Declaro que para la elaboración del presente Trabajo Fin de Grado / Trabajo Fin de Máster se ha utilizado inteligencia artificial generativa como herramienta de apoyo.	SÍ 	NO
---	--------	----

1) Uso de la IA Generativo

Si tu respuesta ha sido SÍ, contesta a las siguientes preguntas. Si has contestado NO, pasa al apartado 2.

Uso ético

	SÍ	NO
¿A la hora de usar la herramienta IA, en los <i>prompts</i> utilizados has incluido datos de carácter sensible o de carácter personal (fotos de personas reales, datos personales, etc.)? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		
¿Has orientado tu uso a suplantar tu trabajo personal sin hacer una revisión crítica de la extraído en la herramienta IA? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		
¿Has tenido en cuenta las recomendaciones académicas que te han hecho específicamente en el Grado/Máster sobre lo que está permitido o no con la IA?		

Uso técnico realizado:

¿Qué herramientas has utilizado (ChatGPT, Copilot, Claude, Nano Banana...)? Especifica la versión o tipo de licencia.

- **Claude** (Anthropic), versión Sonnet 4.6, licencia Pro
- **Gemini** (Google), versión Gemini 1.5 Pro, licencia Pro
- **Chat GPT** (Open AI), (modelo GPT-5.5)

Marcar lo que corresponda:

- Generación de texto (*Especificar qué herramientas*) →
- Reformulación (*Especificar qué herramientas*) →
- Traducción / corrección (*Especificar qué herramientas*) → Claude y Gemini
- Sugerencia de estructura (*Especificar qué herramientas*) → Claude y Chat GPT
- Apoyo metodológico (*Especificar qué herramientas*) → Claude
- Buscar o citar bibliografía (*Especificar qué herramientas*) →
- Generar contenido audiovisual (videos, infografías, audios, imágenes, gráficos. *Especifica en concreto qué contenidos has generado con IA además de citarlo correctamente en el trabajo.*)
- Otros (*Especificar qué herramientas*) →

Confirmando que el contenido final ha sido revisado, corregido y validado íntegramente por mí como autor/a y asumo la plena responsabilidad académica del mismo.

La utilización de la IA no ha sustituido el análisis crítico, la reflexión personal ni el trabajo intelectual propio exigido en un TFG/TFM.

Firma:

A handwritten signature in black ink, consisting of several overlapping loops and strokes, appearing to be a stylized name.

ANEXO II: ENTREVISTAS

Con el objetivo de actualizar la información y valorar la influencia que el colonialismo europeo tiene en nuestros días, se han realizado dos entrevistas estructuradas con preguntas cerradas a expertos en la materia: los doctores D. Rafael Fraguas de Pablo y D. Javier Gil Guerrero. Las preguntas surgieron a medida que se profundizaba en la investigación, elaborándose y redefiniéndose durante la comprensión del tema. Las respuestas se han agrupado para poder ser valoradas de forma conjunta y comparativa.

Don Rafael Fraguas De Pablo (Madrid, 1949) estudió Ciencias Políticas, Sección Estudios Internacionales, y Sociología, Sección de Sociología Industrial, en la Universidad Complutense de Madrid. Es Doctor en Sociología con su tesis doctoral “Efectos psicosociales y políticos del secreto estatal” por la UCM. Es periodista profesional desde 1974. Miembro de la redacción fundacional del diario "El País", fue enviado especial a escenarios bélicos, políticos y diplomáticos de Oriente Medio, África Ecuatorial y Norte de África. Dirigió la Revista “Diálogo Iberoamericano”. Es miembro colaborador del Instituto Español de Estudios Estratégicos, Profesor de Geopolítica y autor de siete libros sobre Geopolítica, así como de la novela “Gritad concordia”. Fue Vicepresidente mundial de *Reporters sans Frontières* y Secretario General de su Sección Española.

Don Javier Gil Guerrero (San Sebastián en 1987) estudió Historia en la Universidad de Navarra. Es Doctor en Historia con su tesis doctoral “*Opening Pandora’s Box: Jimmy Carter, the Persian Gulf and the Rise of Militant Islam*” por la Universidad de Navarra. Máster en Liderazgo, Diplomacia e Inteligencia por la Fundación de Estudios Estratégicos. Es investigador del Instituto Cultura y Sociedad y profesor de relaciones internacionales en la Universidad de Navarra. Su especialidad es la política exterior norteamericana en Oriente Medio y la historia contemporánea de Irán. En los últimos diez años ha impartido clases en la Universidad Francisco de Vitoria, UNIR y la Universidad Pontificia de Comillas. A lo largo de su carrera también ha sido investigador y profesor visitante de universidades como Columbia University, American University of Beirut, the Hebrew University of Jerusalem, Woodrow Wilson Center for International Scholars y University of California-Los Angeles (UCLA).

ANEXO III: ENTREVISTA A RAFAEL FRAGUAS

- 1. Revisando el tema de Oriente Medio durante la 1ª Guerra Mundial sorprende ver cómo los diplomáticos europeos, especialmente los británicos, realizaron promesas tan contradictorias. ¿Considera que a día de hoy y con los sistemas de información actuales sería posible realizar tratados similares? ¿Considera que pueden estar realizándose acuerdos en la actualidad con promesas tan contradictorias?**

La diplomacia secreta ha sido una práctica habitual en las relaciones interestatales. Sí, creo que esas prácticas engañosas siguen siendo posibles, incluso más reales que nunca, con mayor grado de sofisticación dados los recientes avances tecnológicos en el área informática y de la denominada Inteligencia Artificial.

- 2. Las fronteras de Oriente Medio puede decirse que se establecieron en Londres y París. ¿Qué explicación encuentra a que los diplomáticos europeos ignoraran la realidad social, política y económica de la región? ¿Se puede considerar esta actitud como un desprecio a la población? ¿O se trataba simplemente de intereses particulares?**

La satisfacción de los intereses particulares de las grandes potencias, entonces en escena, incluían el desdén hacia las demandas de la población árabe. Tal desdén surgía de manera involuntaria o premeditada pues estaba implícito en la mentalidad colonialista entonces vigente entre los decisores políticos.

- 3. Teniendo en cuenta los enfrentamientos ya existentes entre las diferentes facciones árabes, como el que enfrentó a Hussein con la familia Saud, ¿en qué medida considera que la partición europea fue determinante en el fracaso del Panarabismo y el auge de los nacionalismos estatales?**

Inglaterra prometió a los árabes una monarquía unitaria como señuelo para conseguir el levantamiento árabe contra el Imperio turco, promesa que no se brindó a cumplir. Es presumible pensar que la potencia colonial no deseaba que un solo país controlara o monopolizara todo el potencial energético en hidrocarburos descubierto entorno al valle mesopotámico, al Golfo Pérsico y en la península arábica. Los nacionalismos árabes

surgieron formalmente de aquella fragmentación, pero aleccionados también por mimesis ideológica hacia fórmulas occidentales, también socializantes, tendentes a construir Estados cuya configuración entonces era inexistente en la zona.

4. En relación con los primeros pasos para la creación de un estado judío en Palestina. ¿Qué base jurídica o política tenía Gran Bretaña para realizar la Declaración Balfour en 1917, y por qué fue aceptada internacionalmente?

Es muy difícil responder a esta pregunta sin considerar fundamental el evidente racismo histórico desplegado en Europa contra distintas comunidades judías desde la Edad Media en Inglaterra, Francia, Italia y posteriormente en España y también en la Alemania luterana. Los regímenes europeos, embarcados en carísimas guerras, se endeudaban con prestamistas judíos y, ante la insolvencia regia o por motivos distintos, se negaban a pagar las deudas bélicas así contraídas; para evitar su pago recurrieron a matanzas y expulsiones. El Hogar Nacional judío obedecía al deseo de alejar la presencia judía de Europa, deseo ínsito en las numerosas élites gobernantes europeas.

5. ¿Cree usted que el sistema de mandatos que estableció la Sociedad de Naciones mejoró en algo el sistema colonial anterior? Durante la vigencia del sistema de mandatos las políticas inglesa y francesa fueron diferentes en sus territorios, aunque ambas estaban orientadas a la consecución de objetivos propios. ¿Considera que alguna de estas actuaciones benefició a la población existente? En caso afirmativo, ¿cuál y cómo?

El sistema de Mandatos trataba de racionalizar la administración de los territorios desalojados por la administración imperial turca poco antes y tras la derrota militar germano-turca en 1918. El Mandato sobre Palestina se escoró a favor de los intereses de la comunidad judía y fue impugnado, por su parcialidad, por la comunidad palestina, que tenía derechos territoriales consagrados históricamente. La aplicación de aquel mandato fue aplicada de una manera extraordinariamente mecánica y simétrica, que no tuvo en cuenta la elevada proporción de moradores palestinos ni sus demandas históricas en la zona en litigio. El mayor grado de institucionalidad, en clave occidental, de la comunidad judía, sirvió a los británicos para justificar su trato desigual, responsabilidad de la que abdicarían posteriormente.

- 6. Cien años después de la Conferencia de París, vemos cómo las fronteras trazadas en Oriente Medio o el principio de autodeterminación de Wilson siguen chocando con los intereses de las grandes potencias. ¿Qué paralelismos encuentra entre la situación de 1919 y los conflictos actuales en Gaza o Ucrania? ¿Cree que el principio de autodeterminación de los pueblos sigue siendo operativo hoy, o ha quedado subordinado a los intereses de las grandes potencias?**

No creo ni que las fronteras trazadas entonces ni el principio de autodeterminación de Woodrow Wilson sigan chocando con los intereses de las grandes potencias sino más bien entiendo que aún les resultan funcionales, con la excepción de Palestina para el segundo supuesto. En el detalle, no aprecio paralelismos destacados entre ambas situaciones, la de 1919 y Gaza y Ucrania actuales, salvo que se considere la guerra en Ucrania como un intento de fragmentar el antiguo bloque soviético considerado como un Imperio. En cuanto a la guerra de Israel contra Gaza, es una derivada del desbarajuste causado por Inglaterra en la zona a partir de entonces.

- 7. El sistema de mandatos justificaba la tutela sobre pueblos que “aún no podían valerse por sí mismos”. Viendo las intervenciones actuales, ya sean misiones de paz de la ONU o rescates del FMI, ¿cree que hemos superado realmente esa mentalidad, o seguimos asumiendo de forma implícita que ciertos Estados no son capaces de gestionarse solos?**

Ni han superado esa mentalidad los gobernantes occidentales ni aquellos países considerados entonces ineptos para constituirse políticamente de forma propia han alcanzado la plena estatalidad habida cuenta de que, desde Occidente, desde las potencias mandatarias, se impidió su autodesarrollo político mediante la falta de respeto a sus propias instituciones, lo cual causó, junto al arbitrario trazado de sus fronteras, su actual subdesarrollo político, señaladamente en África. Hoy asistimos a los coletazos postreros, pero aún intensos, de un neoliberalismo aliado con el neoconservadurismo que, en retirada, perpetúa aquellas malas prácticas.

- 8. La Comisión Permanente de Mandatos dependía de los informes que le enviaban las propias potencias coloniales para evaluar su gestión, lo que limitaba enormemente su capacidad de fiscalización real. Hoy en día, seguimos viendo cómo gobiernos**

restringen el acceso a observadores de la ONU o relatores de Derechos Humanos. ¿Cree que es posible romper este bucle histórico en el que los organismos internacionales dependen de la cooperación del propio Estado investigado?

La fiscalización resultaba inviable por falta de objetividad, ya que las potencias coloniales informaban las decisiones de la Comisión Permanente sin alternativas críticas ni autocríticas de ningún tipo. La negativa a admitir hoy observadores internacionales, pese a su adversidad, es una reacción inercial contra aquella falta de objetividad que, desde entonces, ha alimentado un recelo acuñado por la experiencia histórica de los antiguos países colonizados. No confían en tales misiones investigadoras, ya que entienden que siguen mostrando tics considerados etno-eurocéntricos y neocoloniales. Sí creo posible romper ese bucle histórico si previamente se asienta la multilateralidad como cultura geopolítica dominante y Naciones Unidas se aviene a abdicar del ejercicio del derecho de veto de las grandes potencias aún vigente, que perpetúa la unipolaridad y/o la bipolaridad.

9. Sobre legitimidad histórica: ¿Cree que la historiografía occidental ha tendido a suavizar la responsabilidad europea en la inestabilidad actual de Oriente Medio, o considera que el debate académico ha sido suficientemente crítico?

El debate académico ha podido pretender ser suficientemente autocrítico, dudo que lo haya conseguido, pero el grado de atención que los poderes reales le prestan es el decisivo, no el de aquellos. Con todo, la autocrítica es una rara avis en los comportamientos políticos de las grandes y medianas potencias, señaladamente porque los cambios paradigmáticos en la geopolítica siguen sometidos a los patrones de esta disciplina ideada desde la anglosfera, por Mahon, McKinley, Haushofer y otros.

ANEXO IV: ENTREVISTA A JAVIER GIL GUERRERO

1. Revisando el tema de Oriente Medio durante la Primera Guerra Mundial, sorprende ver cómo los diplomáticos europeos, especialmente los británicos, realizaron promesas tan contradictorias unas con otras. ¿Considera que a día de hoy y con los sistemas de información actuales sería posible realizar tratados similares o promesas tan contradictorias?

Sería más difícil. Hay que entender cómo eran los mecanismos del gobierno británico en aquel momento, que era un gobierno muy distinto al actual, porque en aquel momento era el Imperio británico. Dentro del gobierno británico había como pequeños feudos, pequeños dominios que competían entre sí, y en esta rivalidad, en estas diferencias o en estas culturas que habían creado en cada uno de estos dominios, el gobierno llevó a parte de este caos, de esta confusión.

Tenemos un centro de poder muy importante que es la India, el gobierno británico de la India, que tiene un programa y una visión muy distinta a lo que es la administración británica de Egipto, que ha creado ahí como otro núcleo de poder, en el Cairo. Añadido de la Primera Mundial, pues se suman los intereses de las fuerzas armadas, al margen de los diplomáticos. Entonces ya he mencionado cuatro centros de poder que compiten un poco entre sí y que, porque sean parte del mismo gobierno, no necesariamente tenían una misma visión.

La realidad hoy en día es que ya no hay un Imperio británico, ya no hay centros de poder en Egipto o en la India, es un gobierno distinto, con lo cual no sería lo mismo. Y quizás también las nuevas tecnologías, porque parte de esta confusión también viene de que estamos en una época en la que existe el telegrama, existen estos medios para comunicarse, pero dependía todavía mucho de la correspondencia o de las reuniones personales de gente que tenía que viajar en barcos de vapor, y de esta diplomacia paralela en la que tenemos enviados especiales o diplomáticos que viajan, se reúnen con distintos grupos de gente y no saben muy bien lo que están hablando otros.

Hoy en día, casi todos los gobiernos, no solo el británico, sino el estadounidense, el español y demás, esa posibilidad de dualidad o de duplicidad es menor porque todo se ha

centralizado ya en las capitales, en las presidencias. El papel del diplomático, del embajador, es cada vez más irrelevante porque hoy en día con internet, con el teléfono, con los aviones y demás, la política exterior está cada vez más centralizada en la Casa Blanca, en Moncloa, o en Downing Street. Esa diplomacia más personal, más artesanal que existía antes, también traía estos riesgos.

Y luego lo que también es interesante son las personas. Porque al final la política exterior del Imperio británico en Oriente Medio es también la historia de estas personalidades muy ambiciosas y muy distintas entre sí que compiten y que pelean por hacer avanzar su visión sobre Oriente Medio. Tenemos por un lado a T.E. Lawrence, que prácticamente se casa con la causa de los hachemitas y la abraza fervorosamente y defiende darles todo. Y luego tenemos a otros diplomáticos como Mark Sykes, que tienen otro background, otra historia y otra forma de ver las cosas. O el que negoció con la casa de Saud. O tenemos también a Gertrude Bell. Cada uno imprime un poco su visión, sus deseos, sus aspiraciones en todo este proceso. También es fruto de estas personalidades muy fuertes que compiten entre sí y que tienen visiones distintas.

2. Las fronteras de Oriente Medio puede decirse que se establecieron en Londres y en París, y no en el propio Oriente Medio. ¿Qué explicación encuentra a que los diplomáticos ignoraran la realidad social, política y económica de la región a tal nivel?

El contexto de la Primera Guerra Mundial es un contexto en el que Europa domina toda África y domina, salvo China y lo que es hoy en día Tailandia, todo el continente asiático. La única parte de tierra que queda por dominar por los europeos es Oriente Medio. Entonces es un contexto en el que prácticamente se asume que Europa tiene ese deber y tiene ese poder. Es una mentalidad totalmente distinta a la que impera hoy. Hay un punto de partida ahí ya tremendamente favorable al imperialismo, al colonialismo, que no existe hoy en día.

También es cierto, aquí la importancia de las personas, porque primero tenemos un primer ministro británico que trata de mantener la política tradicional británica, que es no establecer nuevos protectorados, nuevos dominios en Oriente Medio, sino tratar de que Oriente Medio sea una zona neutral entre las ambiciones rusas en el norte y las ambiciones

británicas en el sur de camino a la India. Pero Lloyd George tiene una animadversión clara hacia los otomanos. Es un cristiano fervoroso y toda esta persecución a los cristianos del Imperio otomano, todo este genocidio de las poblaciones cristianas armenias, asirias, caldeas y demás, él está decidido a dismantelar el Imperio otomano. Y ahí la pregunta es quién se va a hacer cargo de ese vacío de poder. A los británicos no les interesa que sea Francia o sea Rusia. Y entonces, ante esa alternativa, no queda más remedio que llegar a un compromiso con estas potencias para que no haya una única potencia hegemónica en Oriente Medio.

No es que pretendan crear una realidad en Oriente Medio totalmente de espaldas a la población local y desdeñando la realidad étnica o religiosa sobre el terreno. Porque para empezar, toda la política se inicia con una negociación con los hachemitas, que es una familia de la península arábiga. Y también hay malentendidos: los británicos al principio piensan que los hachemitas tienen una influencia o un poder sobre todo el mundo árabe, todo el mundo musulmán, que tampoco lo tienen. Entonces al principio lo fían mucho a ellos pensando que tienen una repercusión y un alcance que en realidad no tienen.

Pero luego entran estos planes que sí, si vemos un poco los originales, el tratado de Sèvres y demás, sí que tienen en consideración esta realidad de estas minorías drusos, kurdos, y demás. Lo que sí parece evidente es que tratan de evitar la creación de una superpotencia árabe; prefieren dividir, fragmentar el poder. Pero sí que hay una cierta consideración. Por ejemplo, los franceses, su primer plan en Siria es un plan para dar un estado a cada vía étnica o religiosa: un estado de los drusos, un estado a los alauitas, un estado a los cristianos. Entonces sí que hay una cierta consideración.

3. Teniendo en cuenta los enfrentamientos ya existentes entre las diferentes facciones árabes, como el que enfrentó a Hussein con la familia Saud, ¿en qué medida considera que la partición europea fue determinante en el fracaso del panarabismo y el auge de los nacionalismos estatales?

Eso es una ucronía: ¿qué hubiera pasado sin la intervención de los europeos? No se sabe. El panarabismo todavía era un movimiento muy incipiente, era un movimiento muy reducido. La gran masa de árabes no estaba politizada ni movilizada en aquel momento. Tampoco había un caldo de cultivo para que un movimiento tan ideológico triunfase; hace

falta una gran masa ideologizada o con acceso a medios de comunicación para poder organizar aquello.

Lo que tenemos es diferentes familias, diferentes clanes que pugnan en este momento por establecer dominios, cotas de poder ante esta oportunidad de la caída del Imperio otomano. Y es verdad que ni a franceses ni a británicos les interesa un triunfo de un movimiento panarabista, de una gran superpotencia árabe que haga de contrapeso. Pero al final todos los líderes árabes hablan de lo árabe, pero todos al final quieren liderar ellos.

4. ¿Cree que el sistema de mandatos que estableció la Sociedad de Naciones mejoró en algo el sistema colonial anterior?

Hubo un sistema colonial que se queda prácticamente al final de la Primera Guerra Mundial. Entonces tampoco hubo una gran experiencia anterior. Cae el Imperio otomano, termina la Primera Guerra Mundial y en un lapso muy breve de tiempo se crean los mandatos. No es que haya una gran forma de comparar.

Los mandatos al final no dejan de ser protectorados, un poco la fórmula de los franceses en Túnez o de los británicos en Egipto, pero con la palabra “mandato” de que es un mandato de la Liga de Naciones. Hay una legitimidad de esta comunidad internacional que se ha creado después de la Primera Guerra Mundial, pero que está en manos de Francia y de Gran Bretaña, para otorgarse a sí mismos un poco esta legitimidad.

5. ¿Considera que estos mandatos de alguna manera beneficiaron a la población existente?

Crearon los cimientos de los estados que conocemos hoy en día y eso no es poca cosa. Siria hoy en día existe, o Jordania, o Irak, por esto. No dejaron una sociedad civil fuerte, y eso explica los muchos golpes de estado e inestabilidad que han sufrido estos países tras la retirada de los europeos. Crearon al final un sistema pensado para lograr una cierta estabilidad y para que no fuera una fuente de problemas.

También en su momento, cuando se crean estos mandatos, empieza a haber un cansancio ya en las sociedades occidentales con las colonias, como Estados Unidos hoy en día con

su Imperio. Empieza a haber un cansancio con esta responsabilidad global, empieza a haber un movimiento más crítico con toda esta hegemonía global y, claro, la Guerra Mundial provoca una destrucción tremenda en las sociedades y las economías de Francia y Gran Bretaña. Y hay también un movimiento muy fuerte de recortar los recursos invertidos en mantener estos Imperios, estas hegemonías. Y de tratar de hacerlo lo más barato posible. Y eso también afecta a la forma en la que se gestiona esto.

Es una época más realista en la administración de los Imperios, pero también es una época ya un poco de retirada, de no tanta implicación y de tratar de hacer las cosas con menos recursos. No es como finales del siglo XVIII, mediados del XIX, con esa fase de expansión imperial tan extractiva. Pero luego, aparte, estamos hablando de un periodo muy pequeño de tiempo.

Pongamos un ejemplo: 20 años es lo que ha estado Estados Unidos en Afganistán. Y qué ha quedado de eso. Si partes de una situación tan baja, de tanta falta de desarrollo y de riqueza, al final se optó por centrarse en un aparato de estado de mínimos que pudiera proveer de cierta seguridad. Y ahí sí que hay una conexión, y por eso al final hay golpes de estado y los ejércitos han sido tan importantes en Oriente Medio: porque donde sí que se pone más esfuerzo es en que haya unas fuerzas armadas capaces de mantener una cierta estabilidad de los estados, porque al final es lo más básico en cualquier estado: la seguridad.

Es un periodo pequeño de tiempo y además es un periodo de entreguerras. Con la crisis económica del 29 entramos en una depresión económica tremenda, con recortes presupuestarios todavía más intensos, y una tensión política y económica todavía mayor. Con lo cual esos 20 años, realmente solo hay 10 tranquilos, que son los años 20. En los 30 tampoco uno puede hacer grandes labores en esas circunstancias. Yo creo que a veces se le pide demasiado o se juzga demasiado severamente y realmente es un periodo muy corto en circunstancias muy difíciles. Hay que entenderlo en el contexto de una opinión pública más crítica hacia estas responsabilidades globales y este empobrecimiento de facto por las consecuencias de la guerra mundial y por las consecuencias del crash de 1929.

6. ¿Cree que la historiografía occidental ha tendido a suavizar la responsabilidad europea en la inestabilidad actual de Oriente Medio, o considera que el debate académico ha sido suficientemente crítico?

Creo que sí que ha habido... La historiografía ha sido muy crítica. No ha habido aquí ningún tipo de complacencia; los principales libros que existen sobre el tema, artículos y demás, son todos bastante críticos. Y si hablamos ya de los últimos 10 años, son todavía más.

Sí que es verdad que ha habido una cierta romantización, igual en películas o en series de televisión ambientadas en esta época. Estéticamente, de los viajeros. Pero eso más a nivel de cultura popular. Quizás cierta nostalgia de gente que igual vivió en esos países como parte de esa administración colonial y que luego escribe novelas o sus memorias o sus biografías. Pero son más a nivel popular. A nivel académico, yo creo que ha sido todo siempre bastante crítico.

Como Agatha Christie, que era una viajera en Irak y en Egipto en aquellos años y tiene algunas novelas ambientadas en esa época. Es toda la época un poco del dominio británico y sí que es verdad que indirectamente, de una forma muy indirecta, sí que puede haber una cierta nostalgia, una cierta romantización de ese momento de los europeos en Oriente Medio. Pero no a nivel académico, de verdad que no.

7. El sistema de mandatos justificaba la tutela sobre pueblos que «aún no podían valerse por sí mismos». Viendo las intervenciones actuales, ya sean misiones de paz de la ONU o rescates del FMI, ¿cree que hemos superado realmente esa mentalidad, o seguimos asumiendo de forma implícita que ciertos Estados no son capaces de gestionarse solos?

Yo creo que aquí es importante aceptar que hay estados que no funcionan. No hay que caer aquí en un relativismo de “bueno, todo es válido”, y “en el fondo no hay estados fallidos, lo que hay es otras formas de hacer política o de organización social”.

Yo creo que ahora hay una mentalidad totalmente distinta. El siglo XIX fue un siglo bastante optimista, muy imperialista, muy de la razón, muy racionalista, también muy

romántico. Había una Europa que confiaba mucho en sí misma, en su misión. Después de la Primera Guerra Mundial, y por eso es un momento ya de declive de todos los Imperios, empieza a haber una crisis de confianza en los europeos sobre sí mismos, después de toda la devastación de la guerra mundial. Hay una crisis de conciencia y empieza a emerger un cierto cinismo. Por ejemplo, hay un escritor muy famoso británico, Evelyn Waugh, que se hizo famoso con las novelas que escribió viajando un poco por la África británica, y ahí hay un cinismo tremendo sobre el papel de los británicos en África.

Lo que hay hoy en día es ya una falta de confianza absoluta en nosotros mismos, en Europa. Yo creo que hoy en día no hay ninguna confianza en el modelo propio social, político, económico, y mucho menos de imponerlo en otros países. Ahí es interesante porque los mandatos, de una forma todavía no muy evidente, ya habían empezado ese giro hacia un poco más de cinismo y una mayor desconfianza, una quiebra en esa confianza europea occidental sobre nuestras sociedades, que no tenían nada que ver con la época, por ejemplo, victoriana del siglo XIX. Hay también una mayor desconfianza o miedo hacia la ciencia, la tecnología, cosa que en el siglo XIX no había. Y por eso también son interesantes los mandatos, porque pilla ya con una mentalidad más cambiada a los europeos.

También, por otra parte, más humanitaria. Hay una mayor preocupación por realmente hacer un bien a esas sociedades, que igual en el siglo XIX no es que no existiera, pero se pasaba más por alto porque había esta confianza ciega en que “esto es lo que hay que hacer” y los daños colaterales eran totalmente asumibles. En la época de los mandatos, eso ya no es tan así. Es una época imperial distinta, que marca la Primera Guerra Mundial. Es una actitud totalmente distinta.

Hoy en día hay una falta de confianza tremenda. De hecho, en Occidente cada vez más gente mira a China como un modelo alternativo. No es solo que no haya confianza en exportar nuestro modelo o en imponerlo, o en esa misión civilizadora, sino que se piensa que hay modelos de fuera, como el chino y demás, que eso sí que funciona. Y que vamos a acercarnos a sistemas políticos y económicos como ese.

8. Han pasado ya cien años de la Conferencia de París y vemos cómo las fronteras trazadas en Oriente Medio o el principio de autodeterminación siguen chocando

con los intereses de las grandes potencias. ¿Encuentra algún paralelismo entre la situación de 1919 y los conflictos actuales en Gaza o Ucrania?

Hay una cosa sorprendente y es que, por mucho que se critiquen todos los trazados por los europeos, al final siguen ahí. Es verdad que miramos a la historia y todavía es un periodo pequeño de tiempo, pero sorprendentemente, Siria sigue siendo Siria a pesar de guerras civiles, invasiones, golpes de estado y demás. Jordania sigue ahí. Países por los que nadie habría dado un duro o sobre los que constantemente se arroja este mantra de que son “fabricaciones artificiales de los europeos”, pues ahí siguen. Y yo creo que en esos países hay un sentimiento importante de nacionalismo, de patriotismo, porque si no, no se explica. Sí que se ha quedado un cierto sentimiento nacional.

Cuando se han puesto a prueba, por ejemplo, Irak en su guerra con Irán: Irak es un país donde existía ese miedo de que el 50% de su población era chií. Entonces, ¿su lealtad va a estar más con los chiitas iraníes o con esta identidad abstracta iraquí en base a una nación creada por los británicos? Bueno, pues la verdad es que los chiitas iraquíes no querían una dominación chií iraní, porque sí que había una cierta diferenciación nacional. Entonces, aunque hay cooperación, hay alianza y demás, sí que hay un cierto sentimiento cultural diferenciado, también por el hecho de que son árabes e Irán no lo es.

En cuanto a los paralelismos, son conflictos distintos. El caso de Rusia tiene más que ver con el final de la Guerra Fría, con esa pérdida de la guerra por parte de la Unión Soviética y con el colapso soviético, no tanto con la Primera Guerra Mundial; es un escenario distinto. Gaza, ahí la semilla más que en 1919 está en la forma en la que nace Israel, la forma en la que no se creó un estado palestino en 1947-49, y otras cuestiones. No diría que haya un paralelismo directo como tal.